



FACULTAD DE
CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE

MUJERES EN TRÁNSITO

“APROXIMACIONES Y PROPUESTAS PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE GÉNERO A PARTIR DEL CASO DE ESTUDIO CALATE”

Tesis para optar al grado de Magister en Estudios de Género
y Cultura, Mención en Ciencias Sociales

Estudiante: Paulina Caro L.

Profesora guía: Sonia Montecino

Santiago, octubre 2021

“La construcción patriarcal de la diferencia entre la masculinidad y la feminidad es la diferencia política entre la libertad y el sometimiento”

Carole Pateman

INDICE

1. Antecedentes.....	4
2. Planteamiento del problema.....	8
Objetivos.....	10
3. Marco Teórico.....	11
4. Metodología.....	16
5. Resultados.....	18
Capítulo I: Lectura crítica sobre los roles de género en arqueología a partir de Calate.....	18
Capítulo II: Reflexión sobre lo público y lo privado en torno a Calate.....	48
6. Discusión.....	57

INDICE FIGURAS

Figura 1.....	19
Figura 2.....	20
Figura 3.....	21
Figura 4.....	22
Figura 5.....	23
Figura 6.....	30
Figura 7.....	35
Figura 8.....	37
Figura 9.....	42

RESUMEN

En esta memoria se realiza un ejercicio crítico en arqueología, desde una perspectiva de género, con el propósito de discutir lo pertinente que es incorporar esta teoría a las investigaciones arqueológicas chilenas. Para lograr tal cometido, se realiza una reflexión en torno a la interpretación de dos sitios de Calate, aplicando categorías del género y de la arqueología feminista para abordar este registro y dejar en evidencia los sesgos androcéntricos presentes en esta investigación.

Palabras claves: Teoría feminista, arqueología de género, roles de género, público y privado, actividades de mantenimiento, mujeres en tránsito.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a mi profesora guía, Sonia Montecino, que fue un apoyo fundamental para el proceso de escritura de esta memoria. Por otro lado, me gustaría destacar el apoyo de mi círculo de mujeres que sin duda me inspiraron en la elaboración de este trabajo. Y, por último, dedico cada una de estas palabras a mi madre, que siempre estará en mis acciones y en mi memoria.

1. ANTECEDENTES

El género en Arqueología

El movimiento feminista que se desarrolló principalmente en Estados Unidos y en Europa en el siglo XX, se irá incorporando de a poco en todos los ámbitos académicos. Algunos de los primeros trabajos que abordarían esta temática son: *Women in Prehistory*, 1989, de M. Ehrenberg, o la obra *Engendering Archaeology*, de Gero and Conkey, 1991 (Whitehouse, 2007). Como consecuencia de estas reflexiones, paralelamente a la corriente posmoderna, aparecerá la Arqueología feminista en los años 80, primero en Estados Unidos y Escandinavia, posteriormente en España e Italia. Será a partir de la arqueología feminista y la aparición del postprocesualismo, que se propicia el escenario para el surgimiento de la arqueología de género (Cintas 2012).

La aparición del concepto de “género” en las Ciencias Sociales será responsabilidad exclusiva del movimiento feminista de los años setenta y ochenta, que busca incorporar a las mujeres ya no únicamente como investigadoras, sino que además introducirlas como “*sujetos de la historia*” como parte fundamental del conocimiento elaborado por la academia (Sánchez 2001). En el mundo anglosajón, por ejemplo, comienzan los Estudios de las Mujeres, cuyas reflexiones empujan importantes cambios en los aspectos teóricos, metodológicos y epistemológicos, puesto que, a partir de estos nuevos cuestionamientos desde la vereda del género, supondría modificar y transformar conceptos, categorías y los paradigmas tradicionales (Blanco Herranz 1996 en Sánchez 2001). En esta misma línea, nace la llamada *Nueva historia de las Mujeres* bajo los supuestos feministas aplicará el género como una categoría de análisis histórico (Scott 1990 en Sánchez 2001). La historia de las mujeres permitirá ampliar considerablemente el punto de vista de la investigación, considerándolas como sujeto y objeto de conocimiento (Sánchez 2001, Berrocal 2009).

A pesar de la aparición de este nuevo enfoque en la historia, este no se introduce de manera inmediata ni directamente en la prehistoria. Pallarés advierte que las aproximaciones feministas en la investigación arqueológica se introducen con cierto retraso, debido a las limitaciones metodológicas de la disciplina en hacer visibles a las mujeres en contextos arqueológicos (Pallarés 2000: 62). La autora plantea que la corriente feminista comenzó a ser útil una vez incorporada la arqueología de género, ya no como una cuestión metodológica, sino como una nueva perspectiva que diera paso a nuevos planteamientos teóricos a través de la conceptualización de las diferencias de género y la definición de sus categorías de análisis (Pallarés 2000 en Falcó Martí 2003).

Respecto a este punto, Wylie (1991) plantea que uno de los motivos por el cual los estudios de género aparecen tardíamente en los años 80 en arqueología tiene directa relación con la *Nueva Arqueología*. Sánchez (2001) precisa que los lineamientos teóricos y metodológicos de la Nueva Arqueología dificultan la introducción del feminismo y/o del género en arqueología, ya que los planteamientos principales del feminismo son precisamente el cuestionamiento de la objetividad científica que tanto persigue la *Nueva Arqueología*. Para el feminismo la práctica científica se encuentra sesgada por los propios investigadores, que en su mayoría son hombres, blancos, occidentales de clase media-alta. En este sentido, la arqueología de género pone en duda el propio cimiento en que se basa la arqueología procesual, criticando el androcentrismo, puesto que la perspectiva masculina condiciona y domina que se investiga, cómo se investiga y para qué se investiga (Sánchez 2001).

La Antropología fue facilitadora de la incorporación de los enfoques de género en países como Inglaterra y Estados Unidos, facilitándole el camino a la disciplina arqueológica en incorporar este enfoque en sus investigaciones. En este sentido, Sánchez (2001) afirma que la arqueología de género no es consecuencia de una reflexión crítica teórica/metodológica de parte de prehistoriadores/as y/o de arqueólogos/as. Sino que más bien, las primeras reflexiones e investigaciones

sobre género provienen de los estudios desarrollados por antropólogas, como, por ejemplo, Adrienne L. Zilhman (1978,1891) Sánchez (2001).

La Reflexión en torno al género en arqueología no aparecerá hasta 1983 con el trabajo de Joan M. Gero "Gender Bias in Archeaeology: A cross-cultural Perspective", donde la autora pone en evidencia la división sexual del trabajo por sexos en nuestra disciplina. Otra investigación con enfoque de género será el de Janet Spector en 1983, el cual se titula: "Male/Female task Differentiation among the Hidatsa: toward the development o fan Archaeological approach to the study of gender". En este artículo propone un esquema analítico (esquema de diferenciación de tareas) que permite organizar las observaciones del comportamiento y los materiales del género a través de la etnografía (Sánchez 2001). Posteriormente, Margaret W. Conkey y Janet Spector en 1984 publican el artículo "Archaeology and the study of gender", dónde exponen la existencia de un sesgo androcéntrico en la investigación arqueológica, criticando el error de aplicar parámetros del presente en la interpretación de las sociedades del pasado.

A partir de estos hitos, comenzaran a realizarse investigaciones, trabajos y congresos en torno a la temática de género. En Noruega y Gran Bretaña se realizaron congresos en los años 1979, 1982, 1985 y 1987, en 1985 se fundó la revista K.A.N. Kvinner i arkeologi i Norge (K.A.N. Mujeres en arqueología en Noruega) (Engelstad 2007), y en 1988 comenzaron coloquios sobre el género en los congresos de la Society for Historical Archaeology (Conkey y Gero 1997; Wylie 1997 y 2001). El Archaeological Review from Cambridge editado por Karen Arnold, Roberta Gilchrist, Pam Graves y Sarah Taylor en 1988 fue dedicado a Women in Archaeology (Arnold et al. 1988). En este escenario, fue fundamental la Wedge Conference organizada por Margaret Conkey y Joan Gero en 1988, quienes quisieron activar definitivamente el interés por el estudio de las mujeres (Wylie 1992: 15 en Berrocal 2009). Este congreso tiene como resultado la elaboración del libro titulado Engendering Archaeology: Women and Prehistory (Gero y Conkey 1991), uno de los libros más influyente en la arqueología feminista. En el caso de la arqueología española, sobre todo en Cataluña, el feminismo se incorporó en la

disciplina prácticamente al mismo tiempo que en Escandinavia y Estados Unidos. Ya desde los 80 se han realizado ciclos de estudios y seminarios sobre mujeres, división sexual del trabajo y discurso científico feminista (Berrocal 2009).

Un panorama sintético sobre los debates feministas en arqueología los podemos caracterizar en tres corrientes: La primera correspondería al “feminismo analítico”, el cual se centraría en buscar mujeres en el pasado dentro de los parámetros del conocimiento científico; La segunda hace alusión al “feminismo hermenéutico”, que considera que la ciencia se ha constituido exclusivamente sobre la experiencia masculina y reclama una ciencia que introduzca la experiencia femenina, y por último, tenemos al “feminismo crítico”, que pone de manifiesto el sesgo machista en el presente, dentro del mundo de la academia, con el objetivo, de reequilibrar las relaciones de poder existentes (Preucel 1995: 156 en Berrocal 2009).

Hasta la fecha no existe consenso en torno a las diferencias entre la arqueología feminista y arqueología de género, pero lo cierto es que muchas feministas afirman que la arqueología de género es un reducto simplificado de los planteamientos feministas (Berrocal 2009, Cintas 2012, García 2012). Para la arqueología feminista es fundamental reconfigurar la forma en que hace arqueología y aplicar de esta manera un nuevo enfoque para así obtener una visión de la historia donde estén presentes las mujeres como agentes sociales. En cambio, la Arqueología de género buscaría levantar información sobre las mujeres (y también del hombre), sin que en ello se cuestione la práctica científica en sí misma (Berrocal 2009, Cintas 2012, García 2012).

Frente a esto Berrocal (2009) pone de manifiesto el dilema al cual se encuentran las feministas: por un lado la necesidad de hacer una crítica radical a la forma androcéntrica de producir conocimiento, y por otra, la obligación por motivos prácticos, de mantenerse dentro del sistema de conocimiento científico por dos razones: la primera razón es para producir conocimiento más preciso sobre la realidad, válido y de carácter intersubjetivo, y la segunda razón es la de jugar un papel de cambio social posicionándose dentro del sistema científico. Entre otras

posturas, las feministas en su mayoría han decidido quedarse dentro de la estructura científica (Berrocal 2009).

Si bien este es un debate que aún se encuentra abierto, podemos afirmar que el principal aporte del feminismo a la arqueología radica justamente en demostrar que las relaciones de género son una parte integral de cualquier teoría social. Todos los trabajos que giran en torno a esta temática tienen como objetivo en común demostrar que las relaciones de género no son un simple hecho natural, sino que más bien corresponden a relaciones construidas desde un foco social, cultural e histórico particular (Falcó Martí 2003).

2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Ya había advertido Fox Keller (1985) la asociación entre lo masculino y lo científico. La autora (Fox Keller 1985) se sumerge en la reflexión de como históricamente se le ha asignado género a la mente y a la naturaleza, lo que ha tenido como consecuencia la generación de un pensamiento *dicotómico* (p.e. la división clásica que posiciona a lo masculino en la razón y a lo femenino en lo subjetivo), que estaría en la base de la estructura de la ciencia y la sociedad. Por lo que la forma de concebir al género tiene una incidencia muy importante sobre el conocimiento científico (Haraway 1991, Bourdieu 2012).

El hecho que lo masculino sea vinculado directamente con la ciencia conlleva a que exista un sesgo en la definición de los problemas científicos: como en los conceptos, teorías, métodos e interpretaciones de las investigaciones (Harding 1996). En el caso particular de la investigación social, según la teoría feminista (Millman y Kanter 1975), este sesgo ha dejado invisibilizada la vida de las mujeres, ha desvirtuado nuestra idea sobre las interacciones y creencias de hombres y mujeres y las estructuras sociales en las que se producen esos comportamientos y creencias. Este sesgo masculino en la ciencia Harding (1996) lo define como *androcentrismo*

La arqueología como Ciencia Social es una disciplina androcéntrica (Harding 1996), ya que a través de la prehistoria ha naturalizado el rol histórico de la mujer como “reproductora”, replicando de esta forma el sistema dual de sexo/género (Rubin 1975). Podemos leer un sin número de investigaciones donde se asegura que las actividades de las mujeres del pasado se encuentran siempre asociadas al espacio de lo doméstico (Gero 1985, Gero y Conckey 1991), continuándose de esta manera con el sesgo investigativo en el área de los estudios sociales.

La arqueología de las mujeres es un campo de estudio poco explorado y desarrollado en Chile. La desnaturalización y problematización de los roles de género prácticamente no se han estudiado en la arqueología chilena. Este hecho sigue promoviendo el silenciamiento del discurso femenino de nuestras antepasadas porque las sigue relegando al espacio de lo privado, lo que ha generado un casi total desconocimiento sobre su desenvolvimiento social y político (Bourdieu 2012).

Un ejemplo de esto es el estudio sobre redes viales en la prehistoria (Núñez 1976a y Núñez, Dillehay 1979, Berenguer 2004, Núñez y Nielsen 2011 entre otros) en donde se problematiza los sistemas de movilidad y las relaciones prehispánicas en la pampa del desierto de Atacama. En estas investigaciones el enfoque sobre quiénes eran los que circulaban por estas rutas está puesto siempre sobre los hombres (Franulic 2011). En contraposición las mujeres ni siquiera son mencionadas, invisibilizándolas como posibles actoras dentro del espacio de lo público, repitiéndose de esta manera una interpretación sesgada de los roles de género en el pasado (Gero y Conckey 1991). Este hecho deja entre ver un desinterés por interpretar la vida de las mujeres viajeras dentro del espacio de movilidad, como si éstas no hubiesen sido personas con influencia dentro de sus contextos sociales (Keller 1985, Haraway 1991).

Existe evidencia material que da cuenta de la presencia de mujeres en las redes viales en el desierto de Atacama (Pimentel et al. 2017). A partir de estos datos nos pareció pertinente cuestionar el rol que le ha designado la prehistoria a las mujeres, para posicionarlas dentro del contexto de las rutas, desde otra perspectiva social

como mujeres que se encontraban también *en tránsito* en el espacio de lo público. Creemos que las viajeras fueron actrices dentro del sistema de redes de intercambio, donde tuvieron de un rol político y económico relevante en la interacción con otros grupos (Millman y Kanter 1975).

Este tipo de casos nos hace preguntarnos: ¿existían los roles de género asimétricos tal como los conocemos hoy? ¿existía el patriarcado en las sociedades precolombinas? ¿Cuál es la forma en que las sociedades del pasado construyeron las relaciones entre mujeres y hombres? ¿en el imaginario prehispánico habrán sido valoradas las (diversas) tareas desempeñadas de las mujeres? Si bien las respuestas a estas preguntas, hasta el momento, son desconocidas para nosotras, lo cierto es que nos abren la posibilidad de poder problematizar bajo otra mirada la manera en que siempre se ha interpretado la prehistoria de Chile. Para explorar estas inquietudes nos propusimos como objetivo de este proyecto una lectura crítica del sitio “Calate” (Pimentel et al. 2017) desde una perspectiva de género.

OBJETIVOS

OG

Realizar una lectura de arqueología de género al sitio “Calate” desierto de Atacama (ca. 1500 AC-1550 DC.).

OE

1. Identificar los roles de género que se han construido en torno a la investigación del sitio “Calate”.
2. Dilucidar si los conceptos de lo público/privado son pertinentes para comprender el orden de género en el sitio “Calate”.
3. Descubrir si la noción de “actividades de mantenimiento” explica la posición de las mujeres en el sitio Calate.

3. MARCO TEÓRICO

Feminismo y Arqueología

El feminismo, como corriente teórica, fue introducida en varias disciplinas académicas y la arqueología no fue la excepción. El enfoque feminista fue incorporado en arqueología oficialmente por Conkey y Spector (1984), las cuales, basándose principalmente en la antropología feminista y en lineamientos feministas generales, plantearon la urgencia de recuperar la agencia de las mujeres como sujetos históricos, poniendo énfasis en la interpretación del pasado desde una perspectiva crítica de género. Conkey y Spector (1984) ya habían advertido que las interpretaciones arqueológicas no se debían hacer bajo las normas de género occidentales, ya que acarrearía serios problemas de sesgos investigativos.

Los aspectos principales de la crítica feminista hacia la arqueología se abordan en el libro *Engendering Archaeology: Women and Prehistory* (Gero y Conkey 1991), el cual se convertiría en uno de los libros más influyentes en la arqueología feminista. En éste se plantean tres aspectos principales: el sesgo androcéntrico de la investigación en todos sus aspectos, la ausencia de la agencia de las mujeres en los relatos sobre el pasado y, la falta de reflexión en torno al género (Gero y Conkey 1991:5). Estos planteamientos, no se limitan a materializar a las mujeres proyectando concepciones del presente al pasado, sino que buscan problematizar la variabilidad sobre la función y la representatividad social y política de las mujeres a lo largo del tiempo, propiciando de esta manera, elaborar conceptos de género dinámicos e históricos (Conkey y Gero 1991).

El conocimiento del funcionamiento de una sociedad al que podemos acceder mediante los materiales es limitado, ya que las sociedades poseen otras dimensiones que no son cuantificables en la materialidad y que corresponden al ámbito de lo simbólico, de lo emocional y de lo psíquico, y que, determinan como se relacionan los individuos de una cultura dada. En este sentido, pretender asociar el uso de cierto instrumento al género es el gran error que ha venido reproduciendo

la arqueología en general, ya que el análisis de los materiales sólo nos entrega información acotada sobre un universo infinito de posibilidades (Dahlberg 1981, Gero, y Conkey 1991, Conkey 1995, Geller 2009). Si bien es difícil individualizar mujeres u hombres en el registro arqueológico, la reflexión feminista introduce en la arqueología la necesidad de producir teorías que no estén sesgadas en origen y marginalicen a las mujeres, ni estén basadas en categorías aparentemente naturales (como la maternidad), que son fruto de una situación histórica concreta que es necesario revertir. En este contexto, los esencialismos son los enemigos del feminismo (Berrocal 2009).

El feminismo critica que, en las interpretaciones sobre el pasado, los investigadores asignan roles masculinos “por defecto”, aplicando a la investigación parámetros actuales que no necesariamente han de ser los mismos que los del grupo cultural al que se pretende comprender (Díaz-Andreu 1994, 2014; Berrocal 2009). La excesiva presencia del género –masculino– en las interpretaciones arqueológicas, señalada ya por Conkey y Spector (1984) y Conkey (1993), debe tratarse como un defecto de la investigación, que deben solucionar los arqueólogos que aún lo cometen. Es recurrente que muchas actividades sociales sean atribuidas a los hombres y asumidas así por los investigadores sin que ello haya sido demostrado analíticamente (Falcó Martí 2003). Por ejemplo, es usual en arqueología asumir que la elaboración de los instrumentos de piedra o la actividad de la caza sea una tarea exclusiva de los hombres (Dahlberg 1981, Gero y Conkey 1991).

Por otro lado, las teorías feministas han aportado en revalorizar aspectos de la vida de las mujeres que han sido invisibilizadas por el mundo occidental como son las actividades de mantenimiento (cuidados, higiene, salud pública, reproducción de la vida, socialización de individuos infantiles, acondicionamiento y organización del espacio doméstico, etc.) las cuales son indispensables para el funcionamiento de las sociedades (Carrasco 2003, Falcó Martí 2003, García 2010, Comas d’ Argemir 2014, Pessolano 2016, entre otras). Con esto se busca ubicar el ámbito de lo doméstico dentro del contexto sociopolítico general y analizar como éstos afectan e impactan variables como la organización de la producción, ya que las unidades

domésticas no son entidades sociales homogéneas, sino que responden a condiciones externas, tales como la estructura política y económica de la sociedad en su conjunto (Wiesheu 2006). En esta misma línea, Falcó Martí (2003) plantea que es necesario ampliar la lectura sobre el ámbito de lo público y lo privado, ya que son categorías limitantes para superar esta dicotomía como aplicable universalmente a todos los grupos humanos.

A modo de síntesis podemos decir que gracias a la teoría feminista, en arqueología se han comenzado a trabajar temas tales como: la documentación de actividades asociadas con mujeres a microescala y en la vida cotidiana, desarrollo sobre restos humanos en busca de diferencias en la dieta y el trabajo a través del sexo y la edad, perspectivas nuevas sobre conjuntos arqueológicos previamente estudiados, empleando otras estrategias de análisis basadas en investigación etnográfica, etnoarqueológica y arqueología experimental. Además, dentro de la disciplina se están replanteando modelos explicativos del pasado desde el punto de vista de roles de género, donde éste se observa como una categoría mutable, no necesariamente constituida sobre la distinción biológica entre sexos. Este cuestionamiento va aparejado de la crítica al pensamiento arqueológico tradicional, ya que este se encuentra sesgado y es escasamente explicativo. Y, por último, se ha planteado en la disciplina arqueológica un interés por procesos sociales más generales, como la multidimensionalidad de la identidad y la posición social (Wylie 1991, 2001).

Arqueología de Género

En la cultura occidental existe un pensamiento binario, bajo el cual se han determinado cierto tipo de funciones sociales tanto a mujeres como a hombres en función del sexo. Este modelo busca generar universales de valores, comportamientos y creencias diferenciales para cada sexo, al que se le llamo "identidad de género". De esta manera, lo masculino y lo femenino aparecían como un conjunto de cualidades, funciones y comportamientos que entregaban identidad,

y las mujeres en particular, quedaron relegadas al papel de “cuidadoras” y “proveedoras de afectos” de los hijos y de todo el grupo social (Falco Martí 2003).

El concepto “género” aparecerá por primera vez en la Antropología en 1975 con el trabajo de Gayle Rubin (“The Traffic in Women: Notes on the Political Economy’ of Sex”), quien utiliza el “sistema de sexo-género” para dar cuenta de cómo una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y de este modo se buscaba cuestionar al determinismo biológico como la causa de las condiciones de vida de las mujeres a lo largo de la historia (Gluzman y Ortega 2017). La crítica al determinismo biológico es que las diferencias socialmente construidas para hombres y mujeres propician el mantenimiento de un sistema patriarcal que se basa en las desigualdades de riqueza, estatus y de poder entre los sexos (Sánchez 2001).

Es bajo este concepto de género que la arqueología basará su crítica al conocimiento androcéntrico, entendiéndola como la expresión cultural del sexo biológico que contribuye a crear identidades subjetivas y relaciones de poder (Narotzky 1995). El “género” es el conjunto de características sociales, culturales, políticas, psicológicas, jurídicas y económicas, asignadas a las personas en forma diferenciada de acuerdo con el sexo, y estas diferencias se manifiestan por los roles que cada uno desempeña en la sociedad y que varían a través de la historia (Falco Martí 2003).

La Arqueología de género pone su foco en poder observar la realidad en base a las variables de sexo y género y sus manifestaciones en un contexto geográfico, cultural, étnico e histórico determinado (Falco Martí 2003). Este enfoque reconoce que el género es una construcción social y cultural que se produce históricamente, y por lo tanto no es una condición estática, sino que dinámica. De tal manera que el enfoque de género permite visualizar y reconocer la existencia de relaciones de jerarquía y desigualdad entre hombres y mujeres, siempre teniendo en cuenta que el hecho de hablar de género significa dejar de creer que los roles sociales y culturales asignados a hombres y mujeres son naturales (Sánchez 2001, Falco Martí 2003, Gluzman y Ortega 2017). En este sentido, Pateman (1996) afirma que: “la

posición de la mujer no está dictada por la naturaleza, por la biología o por el sexo, sino que es una cuestión que depende de un artificio político y social". Bajo este lineamiento, las arqueólogas feministas reclaman que en la investigación sobre el pasado no pueden utilizarse parámetros del presente, ya que éstos no necesariamente son los mismos al grupo social que se desea estudiar (Díaz-Andreu 1994, 2014).

La arqueología de género comprende la relación entre mujeres y hombres como una dinámica social fundamental y se preocupa de analizar cómo dichas relaciones se expresan y negocian a través de los restos de cultura material que localizamos en el registro arqueológico. En tanto que el género es un constructo social, éste incide en todos los aspectos del quehacer humano por lo que es un elemento imprescindible en el proceso de formación y reproducción social (Adovasio et al., 2008). En consecuencia, son construcciones sociales que varían de unas sociedades a otras y de unos tiempos a otros, susceptibles al cambio, y por consiguiente reinterpretables y reconstruibles (Falcó 2003). La identidad de género no es estática, sino que está sujeta al cambio, constituye un proceso continuo (Conkey 2011) y por tanto no deber ser asumida sino analizada.

En este sentido, la arqueología a través de los lineamientos del feminismo ha desarrollado una crítica respecto a la aplicación acrítica de las normas y valores modernos y occidentales a las sociedades del pasado (Conkey y Spector 1984). Es a través de una perspectiva de género que esperamos abrir una nueva mirada en la investigación arqueológica chilena, a través de una lectura crítica de un sitio arqueológico ya estudiado y publicado (sitio Calate), donde nuestro objetivo principal será problematizar en torno al rol de la mujer asignándole un papel más activo en el contexto de redes viales, entendiendo también que el género debe ser considerado como una relación social que forma parte y constituye el conjunto del resto de las relaciones sociales y actividades que conforman la sociedad en general y entendiendo también que el género es un principio estructurador en el registro arqueológico (Falco Martí 2003).

4. METODOLOGÍA

Para desarrollar de manera óptima la ejecución de los objetivos planteados anteriormente, es que planteamos dos etapas metodológicas para analizar y procesar los datos y evidencias necesarias para cumplirlos:

4.1. Revisión bibliográfica

Una primera etapa constara de una revisión bibliográfica sobre investigaciones de género desde las disciplinas de Antropología y Arqueología. Esto nos permitirá construir un estado del arte, el cual nos entregará lineamientos generales y específicos sobre las interrogantes en torno a roles de género en las sociedades del pasado.

Para ello se hará revisión de documentos etnográficos, etnológicos, documentos etnohistóricos, así como crónicas de viajeros sobre las relaciones de mujeres y hombres en distintos tipos de culturas no occidentales y que aún mantengan una forma de vida similar a las sociedades prehistóricas. Esto nos permitirá tener una aproximación con sentido de realidad del funcionamiento y diversidad de cómo las sociedades del pasado podrían a ver entendido los roles de género o si estos roles existieron como los entendemos en la actualidad.

4.2. Estudio de caso: “CALATE”

4.2.1 Lectura crítica de dos sitio de Calate

Se hará una lectura crítica desde el concepto de roles de género, a la interpretación que se ha propuesto para Calate. Esto tiene como objetivo identificar la construcción androcéntrica en torno a las relaciones entre hombres y mujeres en el contexto del intercambio y redes viales en el desierto de Atacama, para así evidenciar el sesgo de género que existe en torno a esta interpretación arqueológica.

Por último, haremos una reflexión en torno a la construcción occidental de lo público y lo privado y cómo esta determina las interpretaciones por parte de la Arqueología para aproximarse al registro. A partir de esta reflexión aplicaremos el concepto de actividades de mantenimiento propuesto por la arqueología de género como propuesta teórica para aproximarnos al espacio doméstico y en particular para dar una alternativa interpretativa a la presencia de mujeres en el sitio de Calate.

5. RESULTADOS

CAPÍTULO I:

LECTURA CRÍTICA SOBRE LOS ROLES DE GÉNERO EN ARQUEOLOGÍA A PARTIR DE CASO DE ESTUDIO “CALATE”

Movilidad e intercambio en el Desierto de Atacama

A partir de los años 70 se abre una línea investigativa sobre la movilidad, el intercambio y las relaciones sociales que se suscitan a partir de la interacción en el Desierto de Atacama (Núñez 1976a y Núñez y Dillehay 1979). Sin duda este campo investigativo no solo permite ampliar las interpretaciones arqueológicas sobre las diversas formas de interacción entre los grupos humanos que vivieron en el altiplano, los valles y la costa pacífica (Blanco 2013), sino que además al ser abordado desde el estudio de las rutas -contexto agencial de la movilidad- (Berenguer 2004; Núñez y Nielsen 2011) presenta una nueva línea de evidencia desde donde elaborar nuevas hipótesis, que anteriormente se abordaban desde contextos habitacionales y mortuorios (Correa y García 2014) (Figura 1).

La aproximación que se ha hecho desde la arqueología sobre movilidad e intercambio ha sido mediante distintos modelos, dentro de los cuales se encuentran: *Verticalidad* (Murra 1972), *Movilidad Giratoria* (Núñez y Dillehay 1995 [1979]) y *Modo Altiplánico* (Browman 1980, 1984). A partir de los dos últimos se plantea la estrategia caravanera como el tipo de movilidad característico en los Andes (Pimentel 2012). Sin embargo, esta no es la única estrategia de movilidad interregional; Rostworowski (1977 a y b) advierte que existirían grupos costeros que se internaban hacia el interior de los Andes Centrales.

Es a partir de varias líneas de evidencia se plantea (Pimentel et al. 2011, Torres-Rouff et al. 2012, Pimentel 2012, Pimentel et al. 2017 y Pimentel et al. 2017a y b) otro tipo de movilidad, el cual correspondería a una movilidad costera. Este tipo de estrategia plantea que los habitantes del litoral pacífico se movían a pie de manera transversal de costa a interior sin apoyo de animales de carga (Pimentel 2012). Uno

de los espacios geográficos donde se puede apreciar ambas estrategias de movilidad en el Desierto de Atacama es la zona de Calate.

En el contexto de los estudios internodales (Berenguer 2004 y Nielsen 2006) en las redes viales, la zona de Calate muestra distintas modalidades de circulación entre la costa y el interior, es decir, entre grupos caravaneros y poblaciones costeras. Este escenario se debe a que Calate conecta los nodos del sur de Tarapacá (p.e Guatacondo, Pica), el área atacameña (p.e Quillagua, Calama) con la costa pacífica (Caleta Huelén), por lo que representa un espacio donde se dieron relaciones societales triádicas, convirtiendo a esta zona en un escenario de encuentro vial intercultural (Ver figura 2). En este sentido, Calate posee evidencias arqueológicas de los últimos 5 mil años de movilidad y tráfico sur andino (Torres-Rouff et al. 2012, Pimentel 2012, Pimentel et al. 2017 y Pimentel et al. 2017a y b).

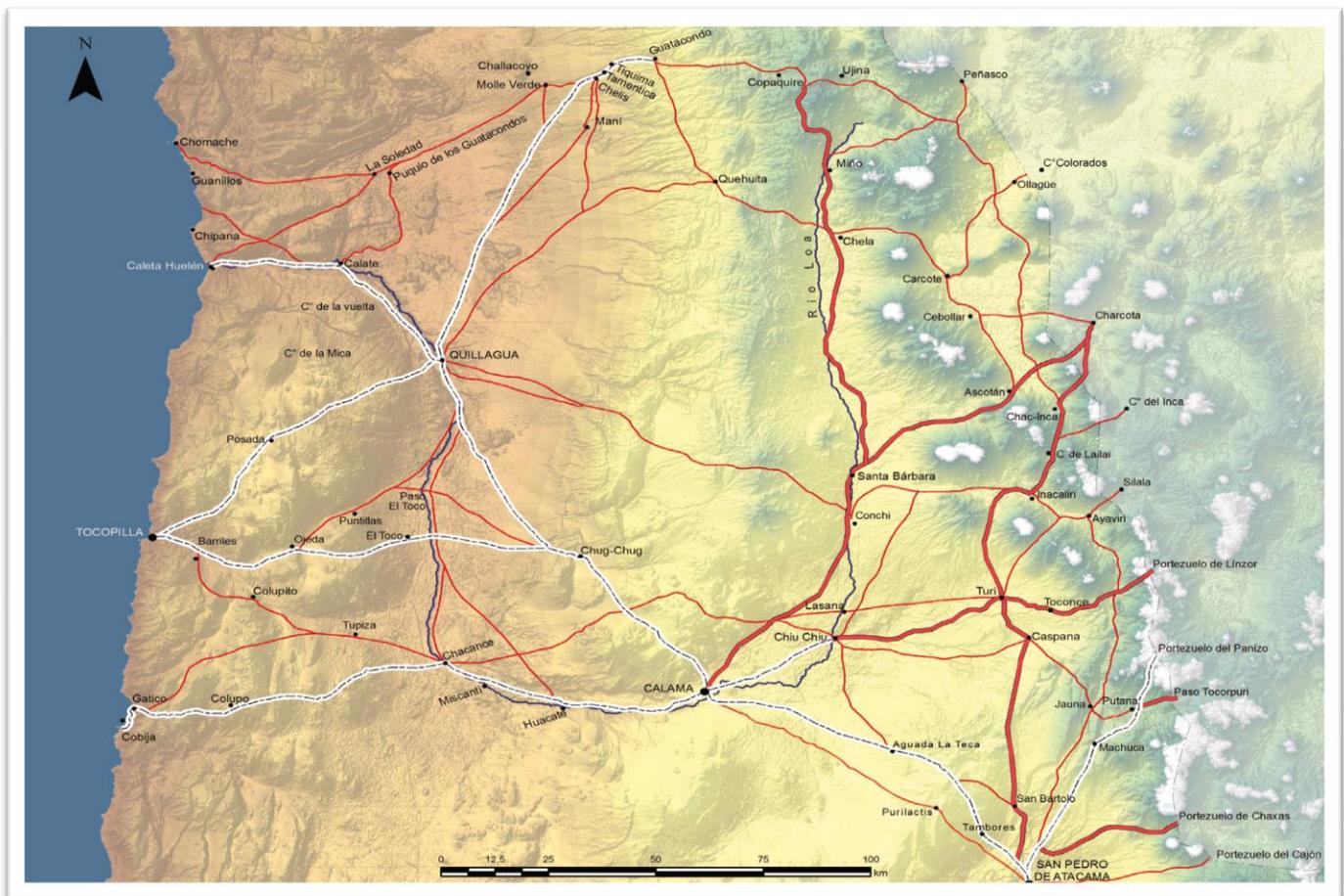


Figura 1. Principales vías prehispánicas regionales identificadas en un nivel general (en rojo) y algunos ejemplos de aquellas analizadas en un nivel intermedio (con líneas blancas punteadas) (Fuente: Pimentel et al. 2017).

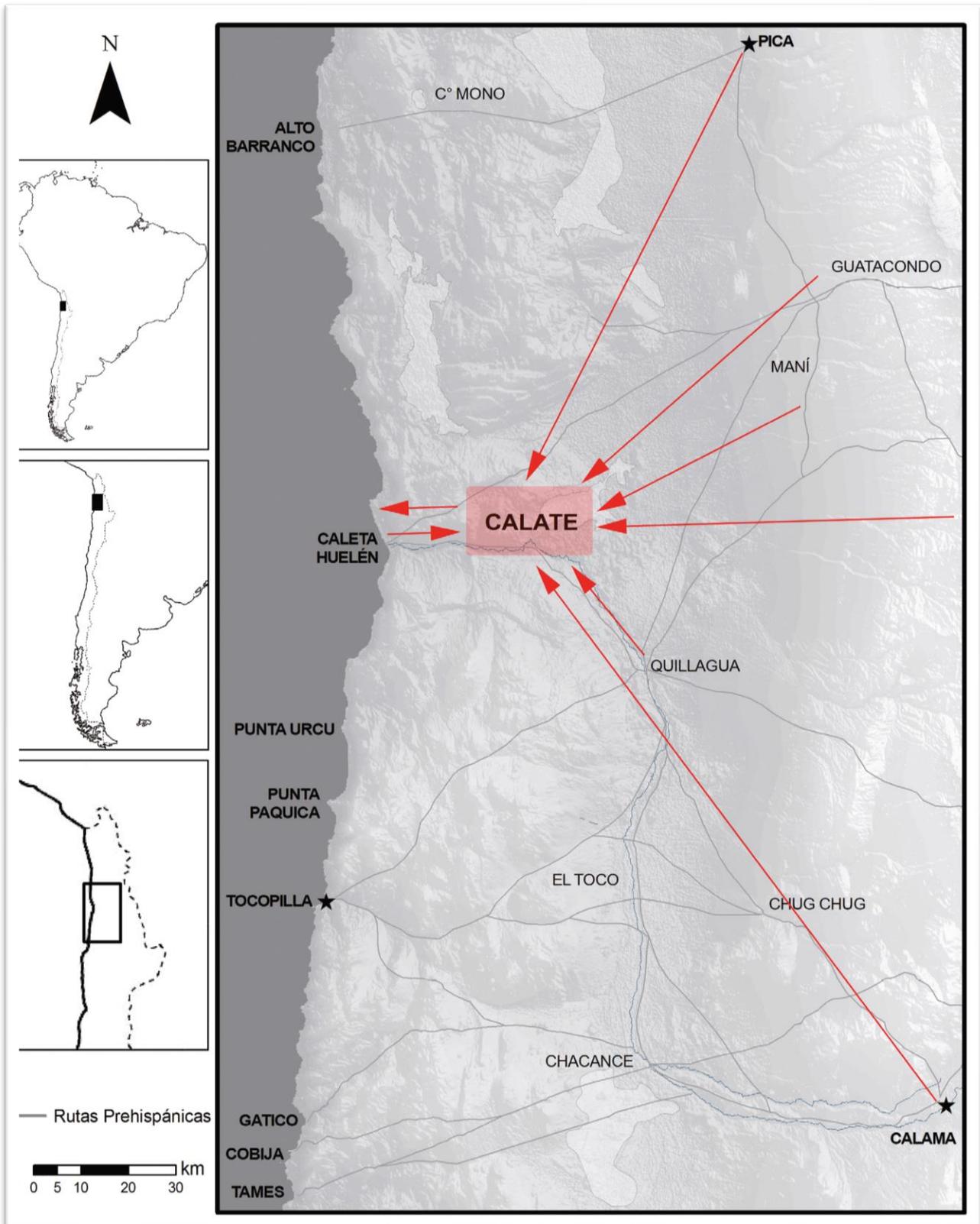


Figura 2. Mapa donde se observa Calate y su relevancia como “embudo vial e intercultural” (Fuente: Pimentel et al. 2017).

Calate como embudo vial multicultural

Los trabajos arqueológicos realizados en la zona de Calate (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017), específicamente en el tramo de Calate a Caleta Huelén se registraron 28 sitios con un total de 192 estructuras, dentro de las cuales destacan aquellas de funcionalidad habitacional (n=109), seguidas de las estructuras ceremoniales (n=44) y funerarias (n=13). Al diferenciar los dos sectores, se observa que a pesar de que Quebradilla presenta una mayor cantidad de sitios (aunque leve), es Calate quien concentra las principales evidencias de tumbas de viajeros (Pimentel et al. 2017 y Pimentel et al. 2017a y b) (Figura 3).

Refiriéndonos específicamente a los contextos funerarios del sitio Calate, los investigadores reconocieron nueve tumbas individuales, las que son representativas de viajeros que fallecieron en Calate en distintos periodos, desde el Formativo Temprano hasta el Tardío o Colonial Temprano (entre el 800 AC y 1600 DC) (Pimentel et al. 2017). De estos contextos se identificaron hombres, mujeres y niños provenientes tanto de la costa Pacífica como de los oasis del interior de desierto (véase Torres-Rouff et al. 2012, Pimentel et al. 2017 y Pimentel et al. 2017a y b).

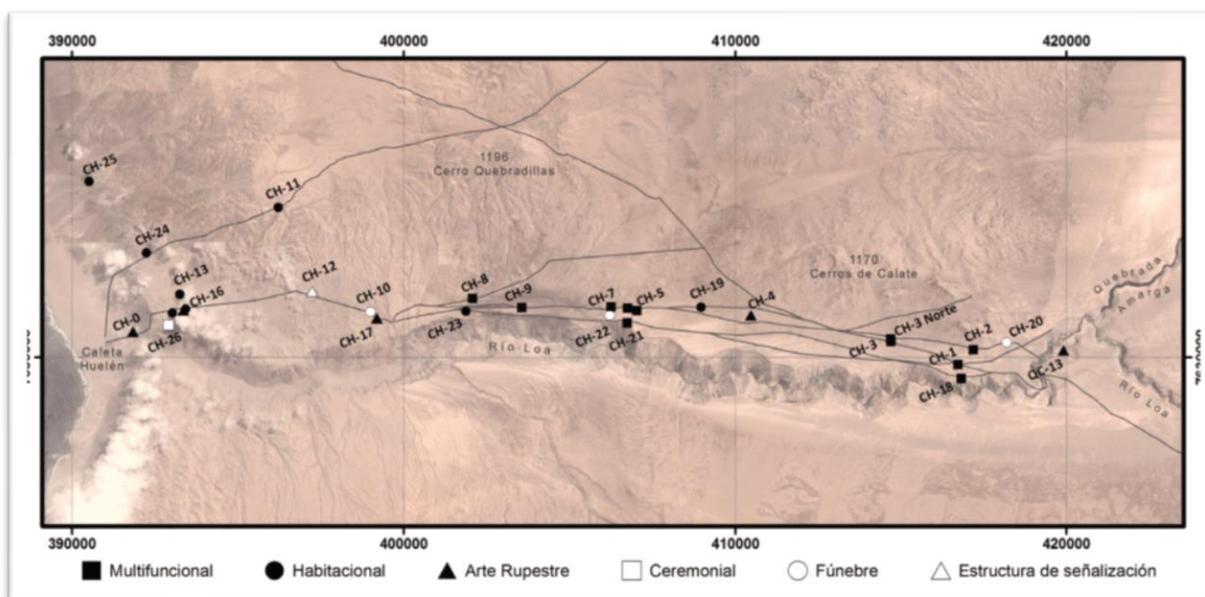


Figura 3. Mapa con los sitios arqueológicos registrados en ruta Calate-Caleta Huelén (Pimentel et al. 2017).

De estas nueve tumbas, dos corresponden a entierros femeninos. La primera tumba (Calate-1 E2) pertenece al Período Formativo Tardío (ca. 100 DC - 500 DC) y correspondería a una mujer entre 30-40 años (Figura 4) proveniente de la costa Pacífica, donde su origen, lo más probable, sea Caleta Huelen (Pimentel et al. 2017). El segundo entierro femenino (Calate-2 E1) data del Período Medio (ca. 500-900 DC) y también corresponde a una mujer proveniente de la costa que tendría entre 30 y 40 años (Figura 5) (Pimentel et al.2017 y Pimentel et al. 2017a y b).



Figura 4. Sitio Calate 1 (E2), contexto primario de una mujer adulta procedente de la costa Pacífica (Fuente: Pimentel et al. 2017).



Figura 5. Sitio Calate 2 (E1), correspondiente a una mujer adulta procedente de la costa (Fuente: Pimentel et al. 2017).

Al momento de interpretar la presencia de mujeres dentro del contexto general de las rutas y en particular de la zona de Calate, nos encontramos con que los investigadores (Pimente et al 2017 y Pimentel et al. 2017a y b) no las consideran como viajeras, sino que las relacionan directamente con sus roles de género (Gero y Conckey 1991) asociándolas sin ninguna evidencia directa al rol del cuidado, reproduciéndose así un discurso sesgado que a priori se asume que las mujeres están relegadas al espacio de lo privado.

Es así como estos autores afirman:

“Por otra parte, la tumba hallada en el extremo norte del sitio de una mujer adulta (entre 30 y 40 años) de clara procedencia costera y fechada en el Período Medio (cal. 530 a 870 DC), a lo que se suman los casos de la mujer de Calate-1 y el niño de Calate-3N, ambos del Formativo Tardío, nos indican que existió también una movilidad orientada desde la costa no sólo de carácter logístico y compuesta por hombres, sino que además hubo una modalidad sugerentemente residencial que debió comprometer a toda la unidad familiar” (Pimentel et al. 2017:52).

De este párrafo se desprende que los investigadores entienden la presencia de mujeres en las rutas como parte de un contingente residencial. Bajo esta premisa las mujeres no viajarían solas, su movilidad en el espacio “público” siempre estaría asociada a la de un hombre y al concepto occidental de familia. Por otro, se asume además que el rol de estas mujeres está relacionado directamente con el trabajo doméstico y con su rol de “reproductoras” y “cuidadoras” con el solo hecho de la presencia del entierro de un niño, que por lo demás éste no se encuentra en el mismo contexto fúnebre.

Creemos pertinente abordar la reflexión crítica de este sitio desde dos conceptos propuestos por la teoría de género para poder situar el conocimiento arqueológico de mejor manera. Estos conceptos son “roles de género” y lo “público y lo privado” los cuales creemos claves para reflexionar críticamente en torno al conocimiento que se ha venido construyendo en arqueología. En el siguiente apartado haremos un recorrido por la construcción del concepto de género y los roles asociados a ellos, para posteriormente reflexionar en torno a lo “público y lo privado” en relación con el concepto de familia y las actividades de mantenimiento.

Roles de género

Para llevar a cabo esta discusión primero haremos un recorrido sobre el concepto de género para problematizar como este concepto condiciona y genera conocimiento androcéntrico. Por otro lado, reflexionaremos de cómo la arqueología ha utilizado un supuesto universal para hablar de la mujer prehistórica y como esto ha repercutido en la anulación de ésta en la interpretación del pasado. Por último, haremos una breve descripción de algunos ejemplos etnográficos donde se presenten sociedades que han construido socialmente los roles de género de otra manera a la entendida hasta el momento por el mundo occidental.

Es pertinente comenzar con la discusión que surge en torno al concepto mismo de género, ya que este concepto tiene distintas definiciones (Lamas 2011). Una de ellas es la que iguala el género al sexo biológico, donde los grupos humanos han asumido y naturalizado las diferencias sociales entre mujeres y hombres a partir de un argumento biologicista (Rubin 1975, Sánchez 2001, Falco Martí 2003, Gluzman y Ortega 2017). El determinismo biológico ha condicionado a la disciplina arqueológica, ya que ha limitado sus marcos explicativos al sistema sexo-género, ignorando que los roles de género son una construcción social, y por ende mutable en el tiempo y en el espacio.

Otra manera de aproximarnos al concepto de género es el introducido por Martas Lamas (2011), la cual problematiza este concepto desde la simbolización. Esta nueva categoría hace referencia a una lógica cultural que impone esquemas mentales y formatos de comportamientos a partir de una simbolización de lo “propio” de las mujeres y lo “propio” de los hombres. Según Lamas (2011), el surgimiento de esta categoría de género es resultado de una perspectiva interpretativa sobre lo que constituye a los seres humanos como mujeres y hombres.

La asimetría biológica entre mujeres y hombres se simboliza de manera distinta en lugares diferentes, manteniéndose constante la diferencia entre lo considerado masculino y femenino. De esta manera, las sociedades se toman de esta asimetría biológica para construir un sistema sexo-género, el cual es diferente en todas las

culturas. La lógica cultural del género tiene consecuencias materiales y síquicas, siendo el mecanismo principal de reproducción social y el medio más potente del mantenimiento de los desiguales mandatos de la feminidad y la masculinidad (Lamas 2011).

La cultura, vía los “*habitus*” (Bourdieu 2012), realiza un trabajo de incorporación de los rasgos y actitudes de la “masculinidad” a los hombres y los de la “feminidad” a las mujeres (Lamas 2011). Los “*habitus*” reproducen al conjunto de relaciones históricas que, en forma de esquemas mentales y corporales, de disposiciones adquiridas a través de la crianza, inculcan la cultura y el lenguaje (Lamas 2011). En este sentido, el género no es sólo cuestión de roles, sino también de usos, costumbres y de identidades. Como los humanos somos seres bio-psico-sociales, el género está en el cuerpo, en la mente y en las relaciones entre las personas. El género es un filtro cultural a través del cual vemos el mundo, es una manera de interrelación y también es una identidad, y por supuesto determina la forma en que construimos conocimiento (Haraway 1991, Lamas 2011 y Bourdieu 2012).

El concepto de género, entendido como la simbolización que los seres humanos hacen tomando como referencia la diferente sexuación de los cuerpos, tiene más de cuatro décadas de uso en las Ciencias (Lamas 2011). Históricamente se le ha asignado género a la razón, relacionando directamente lo “masculino” con lo científico (Fox Keller 1985). Esto ha tenido como consecuencia, que la base del conocimiento científico y el conocimiento en general sea desde una mirada androcéntrica, lo que ha provocado un sesgo en la formulación de preguntas, en los métodos, teorías y, por ende, en las interpretaciones de los diversos estudios (Haraway 1991, Harding 1996). El problema que ha venido problematizando la teoría de género, es justamente que el enfoque masculino en la ciencia acarrea la invisibilización de las mujeres como sujetos agenciales (Millman y Kanter 1975).

En la primera mitad del siglo XX disciplinas como la Antropología, la Arqueología, la Paleontología, la Prehistoria o la Biología han contribuido a la definición de género como una lógica estructurante de la cultura. Estas disciplinas sirvieron de paraguas para explicar la vida de los primeros humanos según modelos repletos de

asunciones sobre los hombres y las mujeres occidentales actuales, instalándose la premisa que toda cultura construye su orden simbólico a partir de la diferenciación de machos y hembras y de su complementariedad reproductiva (Lamas 2011).

En la utilización del modelo binario, con el fin de aproximarse a comportamientos de tiempos remotos, ha sido difícil evitar los prejuicios de los investigadores hombres, blancos y occidentales en la interpretación de las sociedades del pasado desde una perspectiva masculina, blanca y eurocéntrica. De esta manera, las nociones y normas de la vida moderna se han extrapolado a sociedades de cazadores recolectores, dividiendo las actividades de hombres y mujeres de manera convencional: ellos iban de caza y protegían a sus familias, ellas recolectaban hierbas y frutos y se ocupaban de los niños (Gero y Conckey 1991, Haraway 1991 y Harding 1996).

Proyectar la ideología de la sociedad moderna a los tiempos pasados ha dado origen, según numerosas expertas (Conckey y Spector 1984, Fox Keller 1985, Gero 1985, Gero y Conckey 1991, Haraway 1991 y Harding 1996), a planteamientos e hipótesis poco realistas de un hombre proveedor y una mujer dependiente. Pese a que ese razonamiento no se sustenta ni se refleja en datos científicamente obtenidos, ha mantenido su vigencia largo tiempo debido en esencia a la falta de cuestionamientos críticos y de un simple examen más profundo de los hechos (Fox Keller 1985). Las diversas investigaciones en arqueología en Chile han situado a las mujeres en un rol convencional replicando de esta manera el sistema dual sexo-género (Rubin 1975 y Lamas 2011). Mientras los trabajos interpretativos sobre el pasado persistan en asociar a las mujeres sólo al espacio de lo doméstico, seguirá reproduciéndose el sesgo en los estudios sobre la prehistoria.

El ejemplo del sitio Calate utilizado para este escrito es uno de varios trabajos donde se observa esta tendencia. Pimentel y colaboradores (2017) caen en el error de representar a la mujer como un universal, como inmanencia, como un sujeto estático a través del tiempo y el espacio (De Beauvoir 1990, Irigaray 1994). A partir del sesgo androcéntrico, y bajo la lectura del género como simbolización (Lamas 2011), las mujeres dentro del contexto de movilidad no son consideradas como personas

autónomas, sino que más bien son definidas en relación con un hombre, en dónde éste tiene sentido por sí mismo, no así la mujer que es desprovista de todo contenido si no se evoca a la figura del “macho” (De Beauvoir 1990, Irigaray 1994). De esta manera, en la interpretación de Calate los viajeros existen por sí mismos, no así las mujeres, que se plantean como lo inesencial, como lo *otro*.

A partir de lo expuesto anteriormente, nos parece necesario poner en tensión estos supuestos que han contribuido a la construcción de una imagen pasiva y limitada de nuestras antepasadas. Cómo afirma De Beauvoir (1990) no basta con su función de hembra para definir a la mujer, y bajo esta premisa es un error referirse a ellas por “el eterno femenino” que se le ha atribuido. Es imperativo generar conocimiento situado, es decir, la investigación arqueológica debe interpretar a la humanidad pasada dentro de su propio contexto, no pensarla como un continuo estructural con categorías macro.

Lo que debemos promover es justamente un conocimiento que repare en la particularidad de los contextos arqueológicos, ya que esto nos permitirá interpretar a las mujeres como situadas, como sujetos, como agentes, como singularizadas (De Beauvoir 1990, Irigaray 1994). Y para ello, debemos comprender que el género, aunque sea un fenómeno persistente, se ha ido transformando histórica y culturalmente de acuerdo con las épocas y los contenidos culturales de los diversos grupos humanos.

El género en arqueología es un campo poco explorado y desarrollado en Chile. La ausencia de crítica sobre los estereotipos de género ha derivado en investigaciones sesgadas, donde se sigue instalando una imagen femenina pasiva marginada al espacio privado, lo que ha limitado su interpretación como un sujeto activo en los espacios públicos, en su entorno social y político (Bourdieu 2012). En cambio, si logramos generar conocimiento situado sobre las mujeres de Calate, y plantear otro tipo de interrogantes, podremos ampliar un poco más la interpretación para así llevarlas al espacio de lo público ya que, al igual que los hombres, se encontraban *en tránsito* dentro del contexto de movilidad.

En este sentido, al problematizar la construcción de los roles de género a partir de Calate se nos abren una serie de interrogantes como, por ejemplo: ¿existían los estereotipos de género en los grupos humanos que habitaron el desierto de Atacama? ¿Cuál es la forma en que las sociedades de cazadores recolectores costeros construyen las relaciones entre mujeres y hombres? ¿cuál habrá sido el rol de las mujeres costeras, en términos económicos y sociales, en el contexto de movilidad? ¿en el imaginario prehispánico habrán sido valoradas de otra manera las tareas desempeñadas por las mujeres? Si bien las respuestas a estas preguntas, hasta el momento, son desconocidas para nosotras, lo cierto es que nos abren la posibilidad de poder aproximarnos a otro tipo de hipótesis.

Redefiniendo los roles de género.

Existen varias investigaciones etnográficas que dan cuenta de cómo algunas sociedades construyen simbólicamente las relaciones de género de manera diferente a la que hemos venido discutiendo a lo largo de este capítulo. En este sentido, es relevante revisar el trabajo de Estioko y Griffin (1981) sobre las mujeres cazadoras de Agta, Filipinas. Según las autoras, las mujeres de esta cultura son de especial interés para la antropología debido a su posición en la organización económica de subsistencia.

Los Agta corresponden a un grupo cultural ubicado al noroeste de Luzón Filipinas, a lo largo de la costa del pacífico y río arriba en el interior de la Sierra Madre. Algunos, también residen en el lado occidental de las montañas cerca de Cagayán. Hay algunos grupos Agta que viven más al sur en Mindanao, pero la mayoría permanece al norte cerca de la línea costera. Existen varios grupos Agta, con diferencias importantes, principalmente en lo que respecta a los roles de género. Estioko y Griffin (1981) se centraron en las mujeres Agta, comparando los distintos grupos de dialectos para comenzar a investigar la naturaleza y las implicancias del hecho que las mujeres no sean “simplemente” recolectoras, sino que también cazadoras (Figura 6).

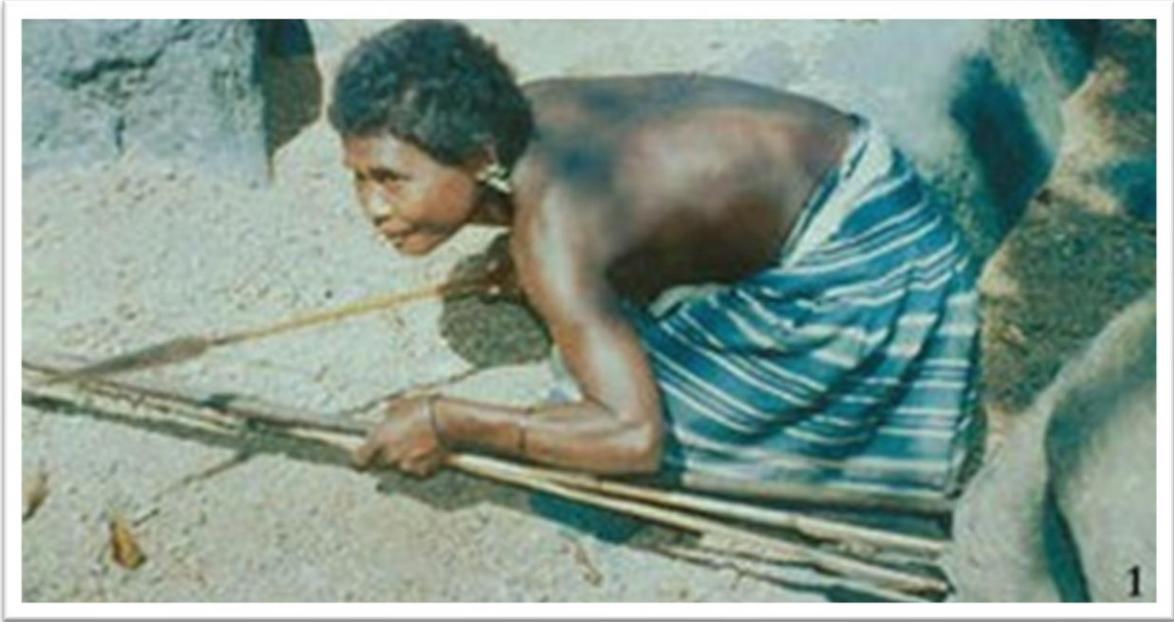


Figura 6. Mujer cazadora perteneciente al grupo Agta (Fuente: Estioko y Griffin 1981).

Todos los Agta fueron una vez cazadores-recolectores hasta alrededor de 1900 d.C., donde posteriormente existe una transición a la horticultura a tiempo parcial. En determinadas zonas, la caza sigue siendo la principal forma por la cual Agta recibe su comida. La caza varía estacionalmente y según las técnicas utilizadas entre varios grupos, pero es básicamente una tecnología de arco y flecha para matar cerdos salvajes, ciervos y monos. En todos los grupos de Agta ha habido un cambio en la recolección de plantas como alimento para intercambiar carne por otras cosas como arroz, maíz y otros cultivos de raíces. En algunos grupos no hay caza, pero existe la actividad agrícola en pequeñas parcelas, aunque no es una tarea transversal a todos los grupos de esta cultura. La pesca es común en todos los grupos de Agta, y se practica especialmente durante la temporada de lluvias (Estioko y Griffin 1981).

Un grupo llamado Pisan, rara vez tiene menos de dos familias, y no más de cinco familias, que incluyen familias nucleares y extendidas grupos residenciales familiares, son una unidad de grupo común. La mayoría de los grupos están vinculados por lazos comunes de padres o hermanos. Miembros no familiares pueden venir y unirse a los grupos durante varias semanas, así como cualquier familia puede dejar a un pariente y establecerse con otro. No existe una autoridad

formal típica de las sociedades de caza y recolección. La familia nuclear toma todas las decisiones relativas al trabajo que necesita hacerse u otras preocupaciones importantes. Se puede recurrir a miembros mayores, como padres o abuelos, para obtener consejos, pero nada de lo que digan será vinculante o perjudicial si uno elige no escuchar su consejo. Se desea el consenso del grupo y si alguien no está de acuerdo, es libre de quejarse o marcharse (Estioko y Griffin 1981).

El patrón de asentamiento está determinado por el ciclo estacional de lluvia y clima soleado, así como la cantidad de flora y fauna que se puede encontrar en ese momento. Durante la temporada de lluvias, transitar por el bosque es mucho más difícil y dificulta el comercio, pero es un buen momento para la caza. Durante la temporada de lluvias, la pesca es la fuente principal de alimento. La estación seca permite viajar, especialmente distancias lejanas y hacia las montañas remotas, lo que facilita el comercio (Estioko y Griffin 1981).

Las mujeres contribuyen a una gran cantidad de la captura diaria si trabajan individualmente, sin embargo, en la pesca grupal hay claros roles asignados a cada persona que participativa. Todas las personas sanas (ya sean mujeres u hombres) pueden nadar y pescar con arpón, mientras que los adultos mayores, o aquellos no tan capaces lo harán con redes. Los ancianos se convierten en recolectores de alimentos como mariscos, camarones o anfibios, básicamente cualquier comida que no requiere mucha dificultad física (Estioko y Griffin 1981).

Las mujeres participan en todas las actividades de subsistencia que hacen los hombres. Estas comercian con agricultores, pescan en los ríos, recolectan alimentos vegetales del bosque e incluso pueden cazar animales de caza. Sin embargo, las autoras afirman que las tareas no son idénticas porque existe una modesta división sexual del trabajo". Estas tareas mencionadas son variadas dentro de los grupos Agta y pueden verse afectadas por las Cultura filipina, y en algunos casos a sus diferencias históricas regionales. En algunos grupos como los de Isabella, las mujeres no cazan con arcos ni flechas, machetes o trampas, sino que simplemente ayudan a los hombres a cazar. En Palanan, las mujeres que cazan se consideran ebuked o anticuadas y cazan solo en circunstancias extremas. Mientras

que en algunos grupos como los de Cagayán las mujeres son cazadoras activas y prolíficas. El uso de armas varía de un grupo a otro, pero existe una fuerte afiliación a el uso de perros que acompañan a las mujeres durante sus cacerías. El uso de arcos y flechas es de alta utilización para esta actividad, pero también se registró el uso de machetes y perros como combinación. En muchos grupos observados, muchas mujeres, al igual que los hombres, disfrutaron de la caza más que otras y esto no se consideró infrecuente. Los hombres son comúnmente los que elaboran las puntas de lanza como la mayor parte de la herrería, un ejemplo de la modesta división del trabajo registrada por las autoras (Estioko y Griffin 1981).

Por otro lado, con respecto a la compatibilidad de la caza y la maternidad entre los Agta, las autoras registran que las mujeres están tan involucradas en la caza que los cuidados son compartidos por los hombres junto con las abuelas y las hermanas. También se dan situaciones en que las cazadoras llevan a los hijos que requieren amamantamiento a las expediciones de caza, mientras los destetados se quedaban atrás con los miembros de la familia (Estioko y Griffin 1981).

En síntesis, observamos que la cultura Agta, en algunos grupos, los roles pueden ser intercambiables y, aunque los hombres cazan con frecuencia, las mujeres también lo hacen, y a menudo esta actividad la realizan durante la adolescencia y en la adultez. Otros trabajos, como la pesca e incluso el cultivo y la siembra la realizan ambos sexos y personas de todas las edades. Lo relevante para esta cultura, está centrado en que los miembros del grupo deben hacer el trabajo asignado para aportar al sistema económico. En este sentido, todos en la sociedad deben realizar su parte para que el sistema no falle; lo dirija o no un hombre o una mujer, el trabajo debe hacerse de todas maneras.

A partir de este estudio etnográfico Estioko y Griffin (1981) argumentan y critican el sesgo que existe sobre que las mujeres no practicarían actividades de caza como los hombres. Hacen referencia a trabajos con una clara tendencia androcéntrica como “Subsistencia y Ecología de los recolectores de alimentos del norte con especial referencia a los Ainu” de Watanabe. H. (1968), donde el autor afirma que los hombres tienen una predisposición innata a la caza, mientras las mujeres tienen

una predisposición conductual a la reunión. Las autoras, a partir de la investigación de Agtar, hacen hincapié en el hecho de que, si bien algunas sociedades recolectoras dependen de roles de género relacionados con tareas específicas, no son universales y que las mujeres puedan ser cazadoras no es algo inaudito.

Uno de los trabajos más influyentes en los estudios de género en antropología es el titulado "*La mujer recolectora: el sesgo masculino de la Antropología*" publicado por la antropóloga feminista Sally Linton Slocum en 1975. La autora pone en cuestión que las actividades de la caza masculina hubiesen sido el principal sustento de la economía homínida, enfatizando al mismo tiempo la relevancia que tuvo la actividad de recolección realizada por las mujeres. Fue una de las primeras científicas en poner sobre el centro investigativo a la mujer como sujeto influyente de su propio contexto.

Posterior a la publicación del trabajo de Slocum, las científicas Nancy Tanner y Adrienne Zihlman, profesoras de la Universidad de California, abren el debate sobre los orígenes humanos. Entre los años 1976 y 1978 Tanner y Zihlman ponen su atención en los primeros homínidos y en cuáles podían haber sido las actividades y funciones femeninas.

En el transcurso de su investigación y a partir de los datos recogidos (que comprendía trabajos de campo con primates no humanos, datos etnográficos, estudios de anatomía comparada, de paleontología y de prehistoria) Tanner y Zihlman (1976, 1978, 1981) presentaron consistentes argumentos para afirmar una nueva hipótesis: durante el proceso evolutivo las mujeres habrían contribuido de manera esencial en la dieta alimentaria y, por ende, fueron agentes participantes en la subsistencia.

Con esta nueva hipótesis, las autoras (Tanner y Zihlman 1976, 1978 y 1981) advierten que numerosos estudiosos habían sobrevalorado el aporte de la carne como base de la dieta alimenticia humana; sugiriendo, además, que, si la caza era una tarea masculina, probablemente la búsqueda del sustento a través de la recolección de frutos y vegetales habría sido una actividad femenina, lo que desmentiría el supuesto sedentarismo y pasividad propuestos por los modelos más

clásicos. En este contexto, junto a otros trabajos investigativos, se consolidó el modelo de «la mujer recolectora» con el objetivo prioritario de demostrar la importancia de la recolección en la dieta de los homínidos y en su comportamiento en general (González 2015)

Los estudios llegaron más lejos, y se comenzó a plantear la posibilidad de que las herramientas de piedras (líticas) además de usarse para las actividades de caza fueron elaboradas también para la recolección de plantas, huevos y pequeños animales. Esto a su vez abrió la ventana para pensar que las mujeres fueron también talladoras de los distintos kits tecnológicos de las sociedades primitivas (González 2015).

Cuando estudiamos antropología/arqueología nuestros tutores al momento de hacer referencia a la tecnología lítica elaborada por las sociedades antiguas, inevitablemente hablan de los hombres como los grandes talladores de estos instrumentos. Sin embargo, es importante tener en cuenta que el registro arqueológico no permite aseverar que las herramientas excavadas en los diferentes sitios sea una tarea exclusiva de los hombres (Dahlberg 198, Gero y Conckey 1991, Haraway 1991 Conkey 1995, Harding 1996 y Geller 2009).

La antropóloga Kathryn Weedman Arthur (2010) realiza una dura crítica a los arqueólogos que siguen describiendo a las mujeres de la Edad de Piedra como confinadas al hogar y que las herramientas por ellas elaboradas son de baja calidad y de producción expeditiva para un rápido descarte, reproduciendo un conocimiento basado en roles de género. La autora afirma:

“Algunos arqueólogos ahora identifican a las mujeres del Paleolítico como cazadores de caza menor, carniceros, pescadores, fabricantes de ropa, y especialistas en rituales, pero el reconocimiento de las mujeres como fabricantes formales de herramientas de piedra es una excepción. Incluso cuando los arqueólogos identifican e ilustran mujeres como trabajadoras del cuero, todavía no las asocian con la omnipresente tecnología de piedra para el tratamiento de cueros. En cambio, los arqueólogos continúan reafirmando las percepciones occidentales de la tecnología elaborada por las mujeres como poco calificados y cerca de casa

al describir la Edad de Piedra y a las mujeres como productoras de útiles de piedra fabricadas con materiales locales de baja calidad” (Arthur 2010: 228-229)¹.

Arthur (2010) realiza una investigación etnográfica titulada “*Feminine Knowledge and Skill Reconsidered: Women and Flaked Stone Tools*” donde demuestra que las mujeres son competentes y hábiles en la tecnología de herramientas de piedra. En este artículo la autora presenta las entrevistas y observaciones realizadas a 16 mujeres Konso, que son productoras de líticos que viven en el sur de Etiopía. Estas mujeres dependen de la producción lítica para su sustento, puesto que estas herramientas son utilizadas para diferentes tareas dentro de la comunidad. Las mujeres Konso aprenden sobre tecnología lítica en un sistema restringido basado en un conocimiento transmitido por generaciones, adquiriendo materias primas a larga distancia, produciendo herramientas complejas de alta calidad y reactivando los instrumentos para procesar animales (Arthur 2010) (Figura 7).



Figura 7. Mujeres talladoras de Konso (Fuente Arthur 2010).

Xauta, uno de los grupos hereditarios endogámicos de Konso releva una asociación simbólica más profunda con los roles de género. Las mujeres Xauta crean y reproducen un mundo material a través de actividades que muchos Konso

¹ La traducción es elaboración propia.

consideran como tareas femeninas: el trabajo tecnológico de líticos utilizadas en el trabajo de cueros, la talla y formatización de instrumentos y el tratamiento térmico de las piedras. En este sentido, la comunidad de Konso considera las habilidades y tareas utilizadas en la producción y uso de herramientas de piedra como femeninas y, por lo tanto, las mujeres son consideradas las principales artesanas productoras de instrumentos de piedra (Arthur 2010).

La autora a través de su artículo plantea que los arqueólogos deberían considerar a las mujeres productoras de raspadores de piedra paleolíticos, dedicadas a la tecnología bipolar, y como tales pensarlas como talladoras de algunas de las primeras tecnologías líticas conocidas. En suma, Kathryn W. Arthur (2010) propone que el trabajo de las mujeres Konso ofrece «una alternativa al modelo del hombre elaborador de herramientas y redefine los roles de género occidentales “naturales” (Marta 2015).

A partir de los estudios etnográficos acá presentados podemos afirmar que no existen argumentos biológicos por los cuales las mujeres no puedan cazar o no puedan tallar, como tampoco existen razones para pensar que los hombres no pueden realizar tareas de recolección de vegetales. Es decir, no existen cimientos biológicos para dividir el trabajo de mujeres y hombres a partir de su sexo, por lo tanto, nos ayuda a entender que esta división corresponde más a un producto de las relaciones culturales de las sociedades humanas (Sanahuja 2002).

El debate sobre los roles de género entre las primeras sociedades de cazadores y recolectores lleva décadas. Como hemos revisado, muchas son las académicas que han argumentado que estos roles "tradicionales", no necesariamente se extienden a nuestro pasado profundo. En este punto es relevante exponer un caso propio del quehacer arqueológico, para finalizar con la revisión sobre casos en donde se ponen en cuestión los roles de género.

La campaña arqueológica encabezada por Randall Haas en 2018 descubre el entierro de un individuo que yacía en la Cordillera de los Andes en Perú hace unos 9.000 años (Haas et al 2020). Junto al entierro se registra un extenso e impresionante conjunto de instrumentos líticos que sería propio de un cazador. La

idea imperante de Haas y de su equipo fue que este individuo correspondía a un gran cazador, por ende, a una persona con prestigio social. Del conjunto lítico se identificaron un total de 24 herramientas de piedra, dentro de las cuales se identificaron puntas de proyectil, raspadores, raederas, machacadores, sobadores, entre otros. Esparcidos por el sitio había fragmentos de huesos de animales, incluidos antiguos parientes de camélidos y ciervos (Figura 8).

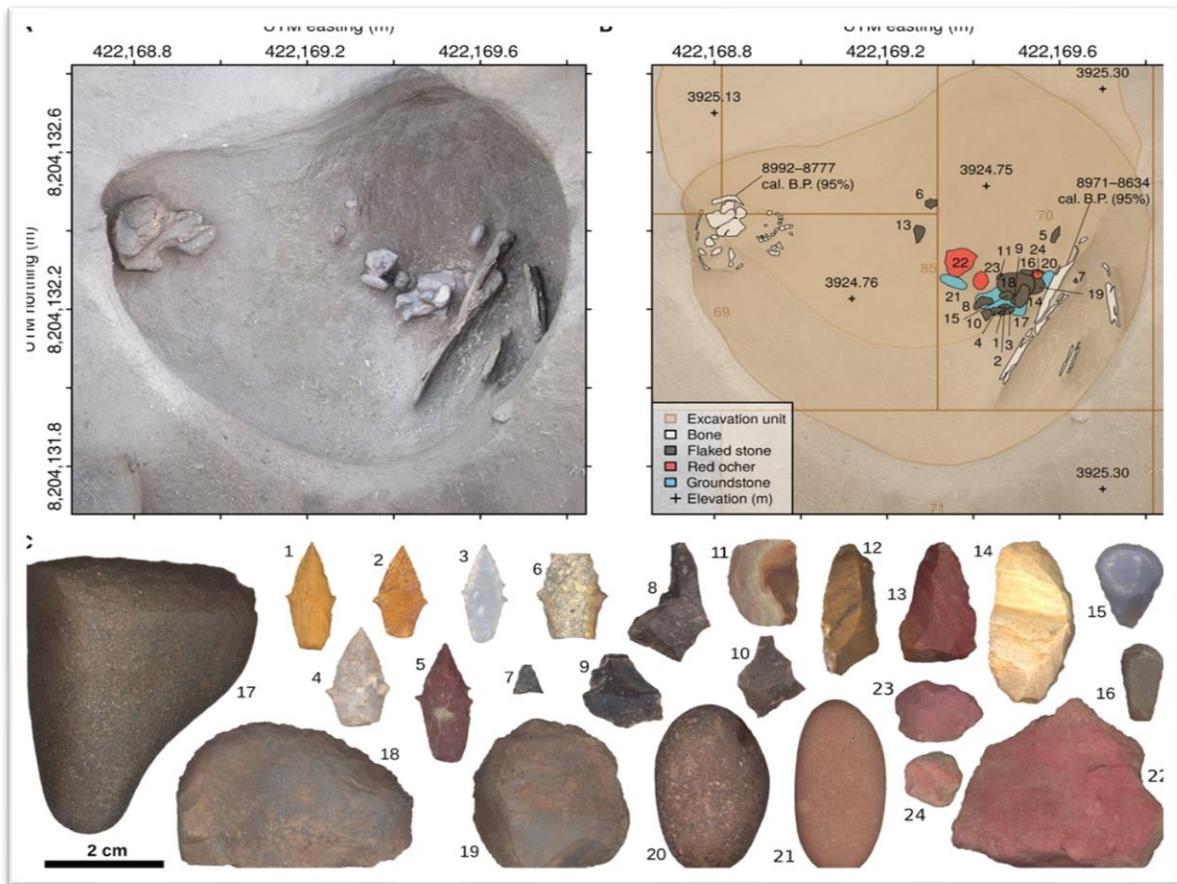


Figura 8. Contexto mortuario de cazadora de los Andes en Perú (Fuente: Haas 2020).

Sin embargo, al momento de realizar el análisis bioantropológico se reveló una gran sorpresa: este individuo correspondía a una mujer, por lo que se trataría de una antigua cazadora más que de un cazador. El hallazgo del equipo de Haas fue seguido por una revisión de entierros de edad similar estudiados previamente en las Américas, y reveló que entre el 30% y el 50% de los cazadores de caza mayor

podrían haber sido biológicamente mujeres (ver Hass et al 2020). Para Geller (2017), arqueóloga de la Universidad de Miami, estos datos siempre han estado en el registro arqueológico, sino que el problema recae en cómo los investigadores los interpretan.

En las discusiones iniciales sobre el conjunto de herramientas, los investigadores (Hass et al 2020) supusieron que el propietario era un hombre, coherente con el imaginario androcéntrico de una figura prominente de la sociedad, o incluso un jefe del grupo. Es inevitable que estos estudiosos hayan asumido que la elaboración de este kit de instrumentos fuese obra de un hombre, ya que el pensamiento binario ha instalado modelos homogéneos y universales sobre la división del trabajo (Harding 1998).

El descubrimiento de 2018 plantea sin duda un desafío para los binarios de género comúnmente asumidos por la ciencia. Esta suposición proviene de estudios etnográficos de cazadores-recolectores, donde los hombres son los responsables de la caza con mayor frecuencia, mientras que las mujeres tienen la mayor responsabilidad en el cuidado de los niños. En esta línea, Kim Hill (2009) afirma que sería complejo hacer una pausa en medio de una actividad de caza para amamantar a un bebé. Sin embargo, en algunas culturas (ver caso mujeres de Agta) de cazadores recolectores modernos, el grupo se hace cargo colectivamente de los niños mientras las mujeres cazan.

Respecto a esto Sterling (2014), arqueóloga de la Universidad de Binghamton, plantea que la caza requiere tantos adultos sanos como sea posible para aumentar la seguridad y la eficiencia, independientemente de su sexo biológico. Después de que un niño se desteta, la madre podría estar disponible para ayudar en las grandes cacerías.

A partir de aseveraciones como la de Kim Hill (2009) Geller (2017) afirma que la simple visión de los cazadores y recolectores masculinos es, de hecho, una simplificación excesiva. En general, los investigadores que estudian estos grupos, independientemente del continente en el que trabajen, suponen que la división sexual del trabajo es rígida. Debido a este sentido común instalado en el medio

científico, a los arqueólogos les resulta difícil explicar por qué los individuos con cuerpo femenino también llevan los marcadores esqueléticos de la caza o tienen kits de herramientas de caza como ajuar funerario. Cuando los investigadores han encontrado signos de esta discrepancia en el registro, por lo general afirma Geller (2017), no dicen nada, como si ignorar la evidencia hiciera que desapareciera.

Incentivado por su descubrimiento de 2018, el equipo de Haas realizó una revisión de publicaciones sobre excavaciones pasadas sobre grupos de cazadores recolectores en las Américas. Muchas de estos informes daban cuenta de una presencia similar de instrumentos de caza en entierros de mujeres, pero al reparar en cada caso particular, no todas estas evidencias eran tan claras. Por ejemplo, en algunos contextos perturbados era incierto si las herramientas líticas y los restos humanos fueron enterrados al mismo tiempo. En otros sitios, los pocos proyectiles encontrados en el entierro podrían haber sido incluso armas homicidas enterradas con sus víctimas (Haas et al 2020).

Sin embargo, al momento de comparar los casos individuales como parte de un conjunto mayor de datos, detectaron que 27 de 429 entierros con individuos de sexo conocido que fueron enterrados con herramientas de caza, 11 son mujeres, mientras que 16 son hombres. En el resto de los entierros, donde recaían varias incertidumbres respecto a los contextos alterados y la identificación del sexo, estas dudas estaban presentes tanto en los entierros de hombres como de mujeres. Al respecto, Haas (et al 2020) afirma que incluso cuando se descartan los casos más inciertos, la cantidad de entierros con líticos entre mujeres y hombres sigue siendo similar. El autor (Haas et al 2020) a partir de esta evidencia llega a la conclusión que los machos no pudieron ser los únicos que practicaban actividades de caza.

A pesar de esto, algunos arqueólogos (Hill 2009) no están seguros de que la mujer enterrada hace 9.000 años fuera en realidad una cazadora en vida. El argumento preponderante es que el ajuar funerario, incluyendo los instrumentos de caza, podrían haberse colocado allí debido a creencias simbólicas o religiosas (Hodder 1988).

Frente a esto se abre la interrogante: ¿pertenece el conjunto de herramientas líticas a la mujer enterrada? Sterling (2014) critica las dudas que surgen en torno a este contexto arqueológico, ya que, si fuera el caso de un entierro masculino con este kit de herramientas, no se pondría en duda su procedencia. Este hecho refleja lo que hemos venido discutiendo a lo largo de este capítulo, y es que cuando el registro desafía nuestra concepción clásica sobre el género, hacemos estas preguntas (Sterling 2014 y Geller 2017).

Mujeres en tránsito

A partir la discusión sobre los roles de género presentada en este capítulo y considerando además la evidencia etnográfica descrita en párrafos anteriores, creemos pertinente en este punto retomar el debate propuesto en torno a la presencia de mujeres que murieron en ruta en la zona de Calate.

Como ya lo mencionamos Calate es un área de gran relevancia en el marco de movilidad de los grupos humanos en el desierto de Atacama. En esta área se ven reflejadas profundas relaciones sociales entre viajeros del litoral pacífico y viajeros de los oasis del interior. Estos últimos transitaban con recuas de llamas (*Lama glama*), tarea que, según referencias históricas y etnográficas, habrían estado a cargo exclusivamente por los hombres del grupo (p.e., Casaverde 1977; Flores Ochoa 1977; Lecoq 1987; Nielsen 2001 en Pimentel et al. 2011). Por otro lado, está presente la movilidad costera de tipo logística, en donde los hombres se internaban en el desierto en busca de aprovisionamiento de materias primas silíceas para la confección de sus instrumentos (Pimentel et al. 2011).

A partir de la evidencia de los entierros de dos mujeres adultas y un niño de procedencia costera en Calate, los autores proponen la existencia no sólo de una movilidad costera logística compuesta por hombres, sino que además una modalidad costera de tipo residencial que involucraría a todo o parte del grupo familiar (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017). Dichos contextos mortuorios lo detallamos a continuación:

En el sitio Calate-1 (E2) se identificó una mujer adulta entre 30-40 años de procedencia costera, bajo una tumba al interior de una fosa de gran profundidad, la cual falleció entre el 130 DC y el 360 DC, perteneciente al Periodo Formativo Tardío (Figura 4). El ajuar funerario comprendió una vestimenta de cuero de ave marina adosada al cuerpo, un cobertor púbcico de fibra vegetal, una bolsa anillada en fibra vegetal que en su interior contenía conchas de choro (*Choromytilus chorus*), un fragmento pequeño de un tejido a telar en faz de urdimbre que podría corresponder a una túnica (Cases 2010 en Pimentel et al. 2017), un cuenco abierto de cestería fina, un emarrilado de fibras vegetales, una aguja de hueso pulido y lascas líticas (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017). Además, cerca de la superficie se registraron fragmentos cerámicos del Período Intermedio Tardío, que, según estos autores, podría significar una intervención posterior de grupos prehispánicos que transitaron por la zona de Calate (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017).

También asociado al Periodo Formativo Tardío, en el sitio Calate-3N (E7) se identifica la tumba de un niño de 4 a 6 años el cual falleció entre el 140 DC y el 370 DC y que presentó una deformación tabular oblicua bien marcada. Este contexto mortuorio corresponde a un entierro primario en fosa con gran inversión de trabajo en su elaboración. Dentro del ajuar funerario se encuentran textiles: una manta gruesa, una túnica de hilados de camélido tejidos a telar en faz de urdimbre, una bolsa de red, fibras de algodón y fragmento de una vestimenta de plumas (Cases 2010 en Pimentel et al. 2017). Por otro lado, se identificaron ofrendas propiamente costeras las cuales corresponden a una vestimenta de cuero de ave marina y abundantes restos de pescado seco. Además, se depositaron sobre su cuello y tórax dos botellas cerámicas completas provenientes de los oasis tarapaqueños (QTCA²) con carpos de algarrobo en su interior, y junto al cráneo se ubicó un cuenco de cestería que contenía una escudilla cerámica miniatura (QTCA) y un fragmento distal de una pipa de cerámica acodada con patas, negro pulido, con un modelado zoomorfo de un felino en el hornillo y que presenta restos de pigmentos rojo y verde (Figura 9). Esta última ofrenda se asocia al Complejo San Francisco en las yungas

² Refiere al tipo Quillagua Tarapacá Café Amarillento

del Noroeste Argentino. Asociado a este entierro se identificó un coxal adulto con restos incompletos de los pies, registrándose sólo tarsos, metatarsos y algunas falanges (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017).



Figura 9. Sitio Calate 3N (E7), contexto primario de un niño de entre 4 y 6 años proveniente de la costa Pacífica. Nótese cesto con pipa de estilo San Francisco de las yungas del noroeste argentino (Fuente: Pimentel et al. 2017).

Del Periodo Formativo cabe destacar que estas tumbas (Calate-1 E2 y Calate-3N E7) son las que presentan mayor inversión de trabajo constructivo y que a su vez fueron las que evidenciaron los ajuares funerarios más completos y significativos (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017).

Es en el sitio Calate-2 (E1) donde se registra el segundo entierro de una mujer asociada al Período Medio (ca. 500-900 DC). La tumba corresponde a un entierro superficial secundario el cual no presenta mayor inversión de trabajo. La

meteorización y desarticulación de los restos del individuo son indicativos de que estuvieron parcialmente expuestos. Este contexto corresponde a una persona adulta de entre 30 y 40 años, que falleció entre el 530 y el 870 DC, la cual se encontraba en posición hiperflexada decúbito lateral izquierdo, presentando ambas piernas desarticuladas y dispuestas sobre el tórax. Como ajuar funerario se observa una vestimenta de cueros de ave que la asocia directamente con la costa. Bajo el sector del cráneo se registró una lasca en basalto gris y un ramillete de vegetales que se dispuso al oeste del cuerpo. Había también abundantes restos de algarrobo. (Figura 5) (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017).

Para los autores (Pimentel et al. 2017) Calate representa un embudo vial intercultural, ya que el registro arqueológico devela la presencia de tres hombres caravaneros provenientes del interior que sumado al contingente costero complejiza el escenario de quienes conformaban estos grupos de viajeros, y, además, plantea la posibilidad que no son sólo hombres los que se desplazan en las redes viales.

Sin embargo, la interpretación sobre la presencia de dos entierros femeninos, a nuestro parecer, es bastante limitada. Desde un argumento determinista biológico (Rubin 1975, Sánchez 2001, Falco Martí 2003, Gluzman y Ortega 2017) se explica que estas mujeres habrían cumplido con labores relacionadas con la reproducción y cuidados dentro del espacio privado. En este sentido, el enfoque sexo-género reproduce un sesgo que no permite pensar a las mujeres realizando otro tipo de tareas, proyectando una imagen de total dependencia hacia los hombres para poder desplazarse.

Si bien existe información histórica y etnográfica de quienes eran las cabezas de las campañas caravaneras desde los nodos del interior del desierto, no tenemos las mismas evidencias para los grupos costeros. No conocemos los sistemas simbólicos de prestigio y poder de hombres y mujeres provenientes del pacífico; aún es una discusión si las sociedades recolectoras-cazadoras eran igualitarias o en ellas existían gérmenes de diferencia en la valoración de lo que hacían hombres y mujeres. Como concluye Sacks (1979/1975) los diversos trabajos históricos y etnográficos demuestran ampliamente que las mujeres no son iguales a los

hombres en una parte importante de las sociedades que no tiene división de clases con ausencia de propiedad privada, aunque en éstas, se constata que las desigualdades son mucho menores.

Con el registro de mujeres obtenidos de los sitios Calate-1 y Calate-2 nos parece interesante plantear que los grupos provenientes de la costa del pacífico podrían haber tenido una organización social distinta a los grupos caravaneros, donde la simbolización del sistema sexo-género podría entenderse de manera colaborativa.

Como bien lo plantea Lama (2011) la simbolización de lo que se construye culturalmente como propio de los “hombres” y como propio de las “mujeres” es particular a cada sociedad, por ende, no hay razón para replicar las categorías binarias de género occidentales del presente a los grupos humanos del pasado que habitaron la costa pacífica (Conkey y Spector 1984; Díaz-Andreu 1994, 2014). Esto considerando que ya por sí mismo las sociedades caravaneras son distintas a los grupos de cazadores recolectores de la costa, podemos ir más allá, incorporando a esta diferencia entendimientos y prácticas en torno a la identidad género (Falco Martí 2003) que podrían marcar aún más esta diferenciación entre ambos grupos.

Nuestra intención es poder ampliar la interpretación del registro arqueológico, desde una perspectiva crítica, y plantearnos como primera posibilidad que las mujeres costeras que murieron en Calate fueron viajeras en ruta al igual que los hombres, y no meras “acompañantes”. Esto significa que éstas son sujetos agenciales dentro de sus contextos sociales, ejerciendo funciones no sólo relacionadas con los cuidados y proveedoras de afectos (Falco Martí 2003), sino que también como miembros activos dentro su comunidad. A partir de este punto nos cabe preguntarnos: ¿Las mujeres costeras realizaban campañas logísticas, al igual que los hombres, para abastecerse de materias primas al interior del desierto de Atacama? ¿las mujeres podrían haber transitado solas en medio del desierto de Atacama en busca de otro tipo de recursos? ¿Qué roles políticos y/o económicos ejercían las mujeres costeras dentro del contexto de intercambio y aprovisionamiento que se desarrollaba en las redes viales?

Estas preguntas adquieren sentido si revisamos los contextos mortuorios de estas dos viajeras costeras. Al detenernos en el entierro 2 de Calate-1 podemos observar que la mujer datada para el periodo Formativo Tardío cuenta con un importante y diverso ajuar de elementos tanto costeros como provenientes del interior del desierto. Esto puede ser indicativo de la importancia de los lazos que generó con grupos provenientes del interior en diferentes niveles sociales con diferentes fines, siendo el intercambio su objetivo principal.

Si analizamos el componente mismo del ajuar, existe evidencia que comúnmente en arqueología se relacionan con la división binaria de géneros. Por ejemplo, dentro de las ofrendas se encuentra una aguja de hueso pulido que está relacionado con actividades femeninas, y por otro lado se observan desechos de talla líticas, actividad que se asocia como una labor exclusiva de los hombres. La presencia de ambos elementos nos hace suponer que no existieron tales divisiones de género y que esta mujer pudo desenvolverse en actividades diversas relacionadas tanto a las labores del cuidado, como a otras que tienen relación con dimensiones políticas y económicas. Creemos que el esfuerzo constructivo de su tumba, sumado al completo e indicativo ajuar registrado para este entierro refleja que esta viajera costera en vida tuvo un rol relevante dentro de su propia comunidad como en los nexos que se establecieron fuera de ella.

Al igual que las mujeres cazadoras de Agta (Estioko y Griffin 1981), las viajeras provenientes de Caleta Huelén pudieron haber participado en todas las actividades en torno a la movilidad y al intercambio al igual que sus compañeros. En este sentido, los hombres costeros no ostentan rasgos visibles que los posicionen en una categoría distinta o de prestigio respecto de las mujeres. Por ejemplo, el ajuar funerario del único hombre costero identificado en Calate, que corresponde al sitio Calate-3 E8 (ver Pimentel et al. 2017) contiene: dos fragmentos de tejido a telar en faz de urdimbre muy pequeños, carpos de algarrobo, chañar, restos malacológicos e ictiológicos y un fragmento cerámico del tipo Hedionda (HED) del Altiplano Meridional. Además, se identificó una línea roja pintada sobre su miembro superior

izquierdo y una de las piedras que lo cubría presentaba pigmento del mismo color (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017).

Como podemos observar la ofrenda funeraria no contiene elementos significados que lo posicionen de manera superior o distinta a la mujer costera del sitio Calate-1, sino más bien creemos que ambos ajuares evidencian lazos y redes de contacto que establecieron estos sujetos con poblaciones del interior en el contexto de movilidad.

En Calate-1, además de la mujer costera, se registra el entierro de un niño costero perteneciente al mismo periodo (Figura 9) y que presenta un ajuar muy diverso que refleja las distintas relaciones que se dieron entre los grupos provenientes del pacífico con los grupos caravaneros de los Oasis, evidenciando además redes de contacto provenientes del noroeste argentino. No hay que dar por sentado que su presencia en ruta tiene exclusiva relación con los roles de cuidado impartidos por las mujeres en Calate, puesto que este tipo de afirmación sigue reproduciendo la naturalización de los roles de género por parte de los investigadores. En cambio, si estamos planteando que la organización social de los cazadores del pacífico provenientes de Caleta Huelén es distinta, también estamos apostando que las labores de cuidados y sostenibilidad de la vida no fueron tarea exclusiva de las mujeres, sino que, como lo demuestran los estudios etnográficos realizados por Estioko y Griffin (1981), pudo haber sido una responsabilidad colectiva, que incluyera a todos los miembros de la sociedad. En este sentido, para que exista la posibilidad de movilidad de todo el grupo residencial costero incluyendo a los niños (Torres-Rouff et al. 2012 y Pimentel et al. 2017), es necesario que exista una colaboración grupal y transversal que involucre a la comunidad en su conjunto para que sea posible transitar por las redes viales de manera exitosa.

En el sitio Calate-2, nos encontramos con una viajera de procedencia costera perteneciente al Periodo Medio, la cual también presenta elementos en su ajuar (restos de algarrobo) que reflejan contactos con las poblaciones del interior, así como un desecho de talla de materia prima basáltica. A pesar de que su tumba no tenga mucha inversión constructiva y su ajuar no sea tan completo y diverso,

comparte con la mujer de Calate-1 la presencia de una lasca la que podría estar asociada a una actividad que efectuaba en vida o podría corresponder a un elemento ajuar ofrendado sólo a mujeres.

Sabemos que los contextos mortuorios son registros complejos y no siempre son reflejo de la realidad social (Hodder 1988). Sin embargo, los entierros de Calate nos ha entregado evidencia relevante para posicionar a las mujeres en ruta, y, a partir de ello, problematizar la variabilidad de sus roles dentro de la movilidad y su representatividad social y política dentro y fuera de su núcleo cultural.

La evidencia de mujeres en tránsito aporta no sólo datos, sino que entrega al imaginario arqueológico un desafío de cómo plantearse desde una perspectiva de género las dinámicas y relaciones sociales que se dieron en el contexto de redes viales sumando a todos los actores que transitaron por estos caminos.

CAPITULO II:
REFLEXIÓN SOBRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO EN TORNO AL CASO DE ESTUDIO
“CALATE”

Introducción

Una idea de universalismo que instala el pensamiento moderno occidental es en lo que respecta a lo público y lo privado. Esta dicotomía estructura el pensamiento occidental e instala su aplicabilidad en todo contexto y en toda temporalidad. Sin embargo, lo público y lo privado son conceptos que se encuentran lejos de ser universales para todas las sociedades, y más aún para aquellas que habitaron hace miles de años nuestro planeta. Estos no funcionan y no se aplican de la misma manera en todas las culturas, por lo tanto, es un error querer aplicar esta dicotomía como universal.

Por otro lado, su definición está lejos de ser inequívoca, ya que existen distintas formas de aproximarse a estos dos conceptos dependiendo de los distintos enfoques disciplinarios como de las líneas teóricas para los que sean utilizados (Rabotnikof 1998). En el contexto de las críticas feministas desde un punto de vista histórico, estas se dirigieron a la formulación liberal de la dicotomía público-privado, cuya división escondía varias operaciones ideológicas (Rabotnikof 1998).

Las feministas advierten que esta separación oculta la subordinación de las mujeres a los hombres dentro de un orden aparentemente universal. Esto se debería principalmente a que el liberalismo está estructurado bajo relaciones patriarcales y que la oposición entre estas dos esferas constituye una separación desigual basada en el supuesto natural de los sexos. Los criterios aparentemente universales que rigen la sociedad civil son en realidad los criterios que se asocian con la noción liberal del individuo varón (Pateman 1996).

Un ejemplo de esto es la institución de la familia la que ha sido definida como parte de la esfera privada, espacio en el cual se desarrollaría el rol de género destinado a las mujeres. El objetivo de este trabajo es explorar, a través del concepto de familia, como se van desdibujando los límites rígidos establecidos desde la modernidad sobre lo público y lo privado. Para ello haremos un recorrido de cómo ha ido cambiando históricamente la construcción del concepto mismo de familia para centrarnos en la familia moderna. Desde la familia moderna problematizaremos dos aspectos que son relevantes en la discusión actual: los cuidados y la reproducción. Posterior a esta revisión, hablaremos de cómo la arqueología ha aplicado de manera homogénea los conceptos occidentales de lo público y lo privado a las sociedades del pasado, para luego abrir una discusión en torno al concepto de *actividades de mantenimiento* como una salida que permita transitar de manera más flexible entre estas dos esferas.

La familia como institución, ¿pública o privada?

En un sentido biológico el papel del cuerpo de las mujeres las posiciona en el ámbito privado dentro de la institución de la familia, con su trabajo de reproductoras y de cuidadoras. Lo que se busca generar detrás de este argumento es justamente la subordinación de las mujeres bajo este supuesto rol universal. Irigaray (1994) ya había advertido en su lectura crítica de Hegel, que los afectos dentro del hogar son pensados como una tarea exclusiva de las mujeres y que éstas renuncian a sus deseos singulares para poder cumplir con esta tarea. Entonces, en la familia la mujer es esposa y madre en un sentido abstracto de un deber, donde el amor es definido como un deber familiar y civil. En este sentido, ella no tiene derecho al amor ni al deseo singular ni al amor por ella misma; ella no puede amar, sólo puede estar sometida al amor genérico hacia la especie humana dominada por el género masculino (Irigaray 1994).

En cambio, la finalidad del amor para los esposos, según la autora, sería adquirir un capital, en donde la familia aparece, así como un sitio privilegiado de la constitución

de la propiedad privada. En este sentido, el matrimonio se convierte en un contrato social en donde la mujer queda encadenada a este deber universal y el hombre a la adquisición de bienes. Irigaray (1994) afirma que mientras el hogar no sea un sitio de lo singular y de lo universal para cada sexo, así como la vida del ciudadano, no existen reales vínculos matrimoniales ya que ambos están avasallados por el Estado, la religión y el mercado. En este punto quisiéramos detenernos en la relación directa que existe entre familia y capitalismo y que iremos desarrollando en los siguientes párrafos.

Desde la antropología se ha develado que en las sociedades del pasado la forma en que se vinculaban los grupos humanos era a través del parentesco (Lévi-Strauss 1981, Freud 2015 [1913]) en donde la unión estaba basada en lo simbólico (tótem), más que un vínculo consanguíneo. El poder en estas sociedades lo detentaba el hermano de la esposa, no el marido, ya que es el tío materno quien vela por el destino del hijo o hija de su hermana (Freud 2015 [1913]).

Las relaciones de parentesco desaparecen en la sociedad moderna cuando se separan las esferas de lo público y lo privado. Se instala la institución de la familia mediante el matrimonio, en donde el hombre puede reclamar el derecho a sus hijos/as. De esta manera, el Padre no sólo asegura su descendencia haciendo valer su paternidad, sino que también asegura que sus bienes puedan ser heredados a sus hijos consanguíneos. En otras palabras, el esposo para volver a ostentar el poder que había perdido en las sociedades tribales usa la institución de la familia para poder acumular bienes, heredarlos y así crear su propio patrimonio. De esta manera queda ligada la propiedad privada con la familia. (Engels 1884).

Entonces, nace la privatización de la familia (separada del Estado) y además se crea un vínculo funcional entre esta institución y el mercado. La rígida dualidad de lo público con lo privado tiene como consecuencia que sólo el mundo público tenga reconocimiento social, en donde las actividades del hogar son desvalorizadas y son justamente las que permiten el sostenimiento de la vida humana. La instalación binaria tiene como fin invisibilizar y devaluar el ámbito doméstico para ocultar que gracias al trabajo gratuito que las mujeres desempeñan en el hogar le permite al

sistema económico contar con la fuerza de trabajo de los hombres para seguir acumulando capital (Fraser 1997). En este sentido el trabajo familiar doméstico es esencial para la sociedad patriarcal capitalista (Carrasco 2003). Para Pessolano (2016) hay que analizar un poco más profundo este vínculo. Para la autora las causas de la opresión de las mujeres no se encuentran precisamente en el capital y en la propiedad privada, sino que la vía analítica correcta debe articular la relación del patriarcado y el capitalismo. Esto quiere decir que, si la acumulación de los sectores capitalistas sólo es posible a expensas del trabajo no remunerado desarrollado por las mujeres en los hogares, para asegurar la perpetuación del sistema se deben controlar los cuerpos femeninos para asegurar la reproducción y el cuidado de los niños/as a través del matrimonio y la familia (Pessolano 2016).

Si bien el tema de la reproducción de la vida fue por mucho tiempo parte privada de las familias, el escenario se complejiza cuando las mujeres se incorporan al mercado laboral. Esto provoca una crisis de los cuidados (Argemir 2014), transformándose este aspecto de la vida privada en un problema de índole público (Benhabib 1992). Esta crisis, según la autora, se produce por la transformación de las estructuras tradicionales en que estos se basan. La presencia de las mujeres en el ámbito laboral y social, la fragmentación de las redes de apoyo y la falta de implicación por parte de los hombres en los cuidados provoca un colapso en la capacidad de cuidar de las familias. La respuesta a esta crisis ha sido la de externalizar los cuidados lo cual ha provocado determinadas desigualdades sociales, ya que los sectores con más ingresos pueden derivar los cuidados de sus hogares hacia terceros, pero los sectores más vulnerables experimentan una doble crisis de cuidados porque ellos mismos deben resolver los cuidados con el propio trabajo familiar (Argemir 2014).

Los cuidados son indispensables para la vida, ya que no existe sistema productivo ni sociedad alguna que pueda existir sin que se reproduzca la vida y se sostenga. Sin embargo, existe un conflicto constante entre quienes tienen el poder económico y político y quienes luchan por obtener derechos sociales. Esto refleja la tensión

entre lógicas de acumulación de capital y lógicas de redistribución social (Benhabib 1992, Argemir 2014).

Otro aspecto privado del ámbito familiar que se torna hacia la esfera pública es el tema reproductivo ligado a la discusión política sobre los cuerpos femeninos. Algunas de las luchas feministas (Lamas 1992, Zúñiga 2013) se han enfocado en el derecho a decidir sobre sus propios cuerpos y a interpelar al Estado para que legisle una ley de aborto que permita a las mujeres resolver soberanamente sobre la reproducción. De esta manera, las mujeres posicionan el tema de autonomía de sus cuerpos como una cuestión de salud pública y política. La esfera de lo privado se vuelca a lo público en la medida que el Estado, a través de las leyes, se introduce en los hogares para regular la sexualidad, ya sea a favor o en contra de las demandas feministas.

A partir de la crisis de los cuidados y de la lucha por la autonomía de los cuerpos femeninos, las mujeres han logrado que transiten estos temas hacia lo público (Benhabib 1992) tensionando políticamente a varios actores como por ejemplo a grupos políticos conservadores y algunos sectores económicos. Si bien este hecho ha sido una de las victorias del feminismo, como bien plantea Fraser (1997), es fundamental no sólo instalar estos temas en la discusión pública, sino que es esencial poder encausarlos desde una teoría crítica de género para que el acceso a la esfera pública sea realmente universal para las actrices que están empujando este proceso (Fraser 1997).

Hoy por hoy no podemos pensar el concepto de familia a partir de una oposición, sino más bien este espacio debe entenderse como un tránsito desde lo privado hacia lo público. La familia moderna heteronormada que buscaba el disciplinamiento de los cuerpos femeninos, ahora se encuentra expuesta a la transformación desde distintos frentes que buscan terminar con su génesis patriarcal (Benhabib 1992).

Ahora encontramos familias más diversas en su composición (Familias conformadas por madres solteras, o compuestas por parejas homosexuales, etc) y mayor equidad en la división de las tareas domésticas. Pero sin duda aún queda mucho camino por recorrer. La alternativa a esta situación es un cambio de

paradigma que entienda al mundo desde la perspectiva de la reproducción y la sostenibilidad de la vida. Que el interés se sitúe en el cuidado de las personas y abandone la atención sobre lo público mercantil y lo enfoque hacia la vida humana y considere que la actividad de cuidados es realizada principalmente por las mujeres. Y, por último, que este nuevo enfoque también abandone la imagen de la mujer como cuerpo objeto destinado a la reproducción por la reproducción (Argemir 2014).

Como bien problematiza Fraser (1997), es la división radical entre la sociedad civil y el Estado lo que dificulta que se desarrolle una vida pública justa. Ya que los componentes que atraviesan las categorías de lo público y lo privado son de carácter ideológico, político y de género, estas categorías no afectan sólo al poder estatal, ni como se ejerce en lo público, sino también cómo se ejerce el poder en lo privado.

Actividades de mantenimiento

Como ya hemos sostenido los arqueólogos acerca de la dicotomía de lo público y lo privado en la interpretación del registro material, aplicando de manera acrítica el concepto de familia occidental a estos contextos. Como consecuencia, se ha generado un imaginario que relega a las mujeres al espacio de lo doméstico, restándole toda participación del ámbito público, ocultando su potencial agencial dentro de su propio entorno social y político. Al respecto Spector (1999) afirma:

“...desde la arqueología y los propios arqueólogos han proyectado y continúan proyectando, con demasiada frecuencia nociones culturales concretas y contemporáneas sobre los papeles, posiciones, actividades, producciones y capacidades de los hombres y mujeres en los grupos del pasado” (Spector 1999: 234).

En este sentido, la prehistoria ha sido utilizada como medio de consolidación y legitimación de la subordinación femenina en el presente bajo este supuesto rol universal, por lo que una manera de deconstruir los parámetros institucionalizados

del presente es justamente deconstruir la forma en que interpretamos y construimos el pasado (García 2010).

El examen crítico que ha realizado la arqueología de género sobre las premisas tradicionales de lo público y lo privado en la reconstrucción del pasado, ha permitido primero dejar de utilizar el concepto de familia para referirse al ámbito de lo privado y más bien usar el concepto de unidad doméstica. Segundo, mirar de manera diferente este espacio tratando no sólo de visibilizar el rol de las mujeres en el registro arqueológico, sino que además analizar las unidades domésticas de manera más amplia en su interrelación con la sociedad. Es así como Wiesheu (2006) sostiene:

“Entre otros aspectos, una contribución importante de los estudios de género en arqueología ha consistido en una revalorización de las actividades desarrolladas por las mujeres en sociedades específicas en particular en lo que respecta a la aportación económica de los contextos domésticos” (Wiesheu 2006:140).

Es importante tener en consideración que las unidades domésticas no son entidades sociales homogéneas, puesto que responden a condiciones externas, y cómo están insertas en una estructura económica y política mayor sus relaciones internas inevitablemente se ven afectadas por su contexto inmediato (Hendon 1996).

De esta manera, las unidades domésticas corresponden a un conjunto de actores sociales, diferenciados por la edad, el género, el poder y los roles asignados, que interactúan de manera dinámica dentro de las relaciones sociales y económicas establecidas por el sistema estructural. Si el ámbito doméstico se encuentra dentro del contexto sociopolítico, es imperativo analizar cómo las decisiones políticas afectan e impactan variables como la organización de la producción (Hendon 1996 y Wiesheu, 2003a).

Con el objetivo de redimensionar el aporte económico del ámbito doméstico algunas investigadoras españolas han introducido el concepto de *actividades de mantenimiento* (Picazo, 1997, Masvidal 1997, Curiá y Masvidal 1998; Bardavio y

González 2006, entre otras) cómo una nueva categoría analítica y metodológica para abordar el registro arqueológico. Este concepto se refiere:

“...al conjunto de actividades relacionadas con el sostenimiento y el bienestar de los miembros de un grupo social, de tal manera que las actividades de mantenimiento incluyen todas las actividades cotidianas tales como la preparación, distribución, consumo y almacenamiento de los alimentos, el cuidado, la salud, la higiene y la protección de todos los miembros del grupo, y en general, todas las actividades relacionadas con la socialización” (Falcó Martí 2003: 218).

Esta categoría de análisis es relevante para aproximarnos a los contextos de movilidad e interacción que se dan en el desierto de Atacama, puesto que, como bien lo plantea García (2010) abre un campo múltiple de posibilidades de conocimiento, que nos permitirá conocer prácticas asociadas a la gestión de la vida cotidiana y al ámbito donde se relacionan.

Las actividades de mantenimiento ponen entre dicho la rígida división occidental entre la esfera de lo público y lo privado, y también desvanece la estricta división sexual del trabajo, ya que es probable que en la producción doméstica colaboren varios miembros del mismo grupo (García 2010). En el contexto de movilidad por parte de las poblaciones costeras no existe el ámbito público y privado, ya que las diversas actividades, como la socialización, por ejemplo, se desarrollan a lo largo de todo el espacio ocupado por todos (as) sin existir diferenciación. En este sentido, las poblaciones costeras se encuentran en un contexto de tránsito y de constante viaje, por lo que todos los miembros del grupo deben colaborar en el mantenimiento de este. La división de lo público y lo privado es un concepto analítico que es pertinente aplicar para sociedades ya industrializadas, no a grupos de cazadores recolectores costeros.

Es necesario redefinir el rol estático asignado a las mujeres de Calate por parte de los investigadores (Pimente et al 2017) y poner en cuestión los supuestos universales bajo los cuales se ha interpretado su presencia en el registro. Sería relevante insertar a las mujeres como parte de una dimensión social mayor, entendiendo que la injerencia de lo privado y lo doméstico permean el conjunto de

relaciones políticas y sociales del grupo como parte de un todo continuo. Y, por otro lado, a partir del registro etnográfico aquí presentado, plantearse la posibilidad que las actividades de mantenimiento pudieron ser ejercidas tanto por hombres como por mujeres.

Es bajo esta categoría analítica que interpretamos a las mujeres de Calate como sujetos históricos relevantes dentro del sistema de redes viales. Estas **mujeres en tránsito** fueron, dentro del sistema de movilidad e intercambio, actrices indispensables que aportaron al desarrollo social, económico y político de su grupo; ya que no existe sistema productivo ni cultura alguna que pueda existir sin que se reproduzca la vida y se sostenga (Benhabib 1992, Argemir 2014).

El contexto de movilidad en el desierto de Atacama nos plantea el desafío de imaginar las actividades de mantenimiento tanto en un espacio físico como en un espacio social. En este sentido, las rutas de tránsito fueron el escenario donde se desarrollaron un conjunto de interacciones humanas que definieron estas prácticas y propiciaron su realización como parte del sostenimiento de la vida (Falcó Martí 2003).

DISCUSIÓN

Este escrito tiene como fin último reflexionar en torno a la arqueología desde una perspectiva de género, utilizando como ejemplo una investigación sobre una excavación arqueológica ya publicada. Nuestras aproximaciones al sitio Arqueológico de Calate es en términos teóricos, ya que pensamos, como un primer ejercicio crítico, era pertinente comenzar por discutir las propias interpretaciones de los autores sobre este registro.

Mediante este trabajo quisimos explicitar y aplicar los principales cuestionamientos que han planteado las arqueólogas feministas al registro arqueológico. En primer lugar, la crítica al sesgo androcéntrico en la construcción del pasado de las sociedades prehispanicas, seguido por el interés de hacer visible la presencia femenina en el registro arqueológico, y de reconceptualizar los roles de género en la división social del trabajo. Y, por último, la revalorización de las actividades domésticas desarrolladas por las mujeres en sociedades específicas, en particular en lo que se refiere en el aporte de éstas en el sistema productivo en general (Wiesheu 2006).

Cómo plantea González (2015) el conocimiento androcéntrico genera ideas y supuestos preconcebidos de cómo deberían ser las cosas, dirigiendo nuestra atención e interpretación de los datos, observaciones, experimentos, las propias preguntas de investigación y, en definitiva, lo que consideramos como conocimiento científicamente válido o no. En su charla impartida en Madrid el año 2014 titulada: “Crear es ver: ciencia, mujer y primates” la autora plantea:

La idea de “ver para creer” ejemplificaría la actitud científica, pero nuestra mirada no es nunca inocente; llevamos en ella todo lo que somos y todo lo que creemos saber. En ciencia, “ver para creer” requiere también un “creer para ver”. Como muestra el cuento del óvulo y el espermatozoide o el caso de la primatología, los estereotipos de género, nuestras concepciones culturales de lo masculino y lo femenino, forman parte de esas creencias arraigadas que condicionan la mirada

científica. Canal TED x madrid (19 de septiembre de 2014) Marta González en conferencia [Archivo de video].

Pasaron muchos años para que el paradigma del “hombre cazador” fuera cuestionada. Esta teoría estaba basada principalmente en que la cultura de las sociedades actuales era gracias a los cazadores del pasado, quienes habían desarrollado el bipedismo, la diversidad de herramientas de piedra, el lenguaje, etc. En este sentido, la especie humana era reducida únicamente a los machos. A partir de las investigaciones de Slocum (1975), Nancy Tanner y Adrienne Zihlman (1976 y 1978) se logró replantear esta teoría proponiendo a su vez una nueva que colocaba en la palestra la relevancia de las actividades de recolección y crianza de las mujeres. A pesar de que sus argumentos se encontraban sólidamente respaldados, la comunidad científica -compuesta principalmente por hombres- se opuso completamente a ellos porque cuestionaba la base del conocimiento: el pensamiento binario (González 2015).

Otras investigaciones que continuaron el debate corresponden al estudio de las cicatrices resultantes de fracturas presentes en los huesos fósiles de *Homo Neanderthalensis* realizado por Kuhn y Stiner (2006). Los autores separaron los restos óseos de hombres y mujeres para analizarlos determinando que no había diferencias en la morfología ni en el patrón de cicatrices encontrados en estos restos. Esto derivó a la conclusión que era probable que tanto hombres como mujeres neandertales realizaran labores similares, aunque estos autores advierten que esto no significa que no desempeñaran tareas distintas, sino que lo relevante era que las actividades se enmarcaban en un esquema general compartido (Kuhn y Stiner 2006).

Sin ir más lejos, existen trabajos etnográficos sobre sociedades que habitaron la Patagonia de Chile y que nos entregan información empírica de cómo los roles de género son más bien dinámicos y se estructuran a partir de la identidad particular de cada cultura en cuestión. Un ejemplo corresponde a los Alakalufes que habitaron la zona media y sur del estrecho de Magallanes.

Los Alakalufes fueron sociedades canoeras que basaban su dieta en la extracción de recursos marítimos. Lo particular de esta cultura consistía en que las mujeres eran las únicas que sabían nadar, por ende, de ellas dependía principalmente el mantenimiento del grupo. Se adentraban en el mar para bucear y así recolectar mariscos. A su vez, eran las encargadas no sólo de remar, sino también se intercambiaban con los hombres la responsabilidad de dirigir las canoas cuando fuese necesario (García 2020).

Investigaciones como las anteriormente descritas abundan en la literatura y abarcan disciplinas como la paleoantropología, la arqueología y la etnografía. Donde observamos que poco a poco se va desmoronando el modelo femenino de sumisión, pasividad, dependencia, tan arraigado en el pensamiento occidental moderno. Sin embargo, es preocupante ver que en la arqueología de nuestro país aún se repliquen esquemas simplistas de los estereotipos de género y que no exista dentro de la academia un esfuerzo por incorporar una perspectiva crítica de aquello.

La asignación de tareas según el género para las mujeres de Calate se comporta de una forma bastante reduccionista a nuestro parecer, ya que tales categorizaciones no siempre resultan universales. Lo anterior se debe a que dentro de un marco intercultural pocos rubros -como hemos revisado en las diversas investigaciones- pueden atribuirse a un solo género, de modo que el tipo de actividades realizadas dependerá bastante de cómo cada cultura organiza su sistema de producción y reproducción.

A partir de estos planteamientos epistemológicos es que se ha comenzado a desarrollar, en torno a los estudios de género y de mujeres en la prehistoria, un conjunto de debates en torno a los conceptos de lo público y lo privado y que encontramos pertinente revisar acá para efectos de este escrito.

La construcción occidental de lo público y lo privado, posiciona el cuerpo de las mujeres en el ámbito privado dentro de la institución de la familia, con su trabajo de reproductoras y de cuidadoras (Irigaray 1994). Esta rígida dualidad tiene como consecuencia que sólo el mundo público tenga reconocimiento social,

desvalorizándose las labores del hogar y que son, justamente, las que permiten la reproducción de la vida (Fraser 1997).

Esta fórmula dicotómica es aplicada al contexto arqueológico sin mucho análisis de por medio, asumiendo la reproducción y la crianza como algo natural de las mujeres del pasado, restándole importancia a estas laborales sin vincularlas con el medio social donde se insertan. Si bien el concepto de familia no se utiliza siempre de manera explícita en arqueología, el sesgo aparejado a este concepto está implícito en las interpretaciones del registro.

Las arqueólogas feministas plantean que no sólo se trata de reconocer el trabajo femenino, sino que es necesario analizar las relaciones de género en tanto se entrecruzan con otras dimensiones de la identidad cultural y como la labor doméstica se desarrolla e impacta dentro de la dinámica social en su conjunto (Gero 1997). Para ello, las investigadoras pensaron en nuevas estrategias metodológicas entre las que destaca la nueva categoría de actividades de mantenimiento.

Al respecto Pallarés plantea: *“la tendencia a separar las actividades de producción y distribución dentro y fuera de las estructuras de habitación es artificial ya que lo que ocurre dentro de una unidad doméstica sólo puede entenderse si se analiza la interrelación que este espacio mantiene con el resto de las unidades espaciales”* (Pallarés 2000:74). En este sentido, esta categoría nos permite analizar las sociedades del pasado y, por ende, las unidades domésticas ya no como una unidad homogénea, sino como un organismo compuesto por personas con objetivos e intereses diferentes.

Analizar la presencia de mujeres en el contexto arqueológico de Calate a partir de las actividades de mantenimiento las posiciona inmediatamente en un espacio cotidiano donde sus labores fueron necesarias para el sostenimiento y mantenimiento del grupo, englobando preparación de alimentos, su distribución y consumo, la deposición o almacenamiento. Además, conllevan un conjunto de trabajos relacionados con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo todo este conjunto de actividades, tales como herramientas de piedra o la producción textil.

De esta manera y considerando que las actividades de mantenimiento corresponden a labores que no pueden entenderse sin el medio social donde se desarrollan, es que podemos definir a las mujeres de Calate como **mujeres en tránsito**, puesto que, no sólo se encuentran viajando a través de las redes viales del desierto de Atacama, sino porque también se encuentran en constante tránsito entre lo personal y lo político (Hanisch 1970).

A modo de cierre y a partir de las reflexiones vertidas en esta memoria es que planteamos indispensable ampliar las interrogantes, que, desde una perspectiva crítica de género, deberían responderse en Calate. Algunas de ellas son: ¿En qué medida la planificación de los viajes depende del trabajo realizado por las mujeres? ¿Es posible el viaje sin el trabajo femenino? ¿Qué tanto inciden las actividades de mantenimiento en la organización de la producción y en el intercambio que se desarrolla en las rutas?

Es preciso ahondar en estas preguntas, ya que las actividades de mantenimiento dejan de manifiesto que no es posible establecer divisiones entre lo público y lo privado, ya que por un lado no existe tal división en las sociedades de cazadores-recolectores; y por otro, nos plantea que los distintos espacios de interacción social son un continuo que es habitado por todos los miembros de la comunidad y que por ello dichos espacios están interrelacionados unos con otros. Este concepto es clave para aproximarnos al registro de mujeres costeras en ruta y relevar su real impacto social y político, que hace posible la movilidad de su grupo.

BIBLIOGRAFÍA

Barber, E.W., 1994. *Women's Work: The First 20,000 Years*, New York: Norton

Benhabib, Seyla (1992). "Modelos de espacio público: Hannah Arendt, la tradición liberal y Jurgüen Habermas, en *El ser y el otro en la ética contemporánea*, Barcelona, Gedisa.

Berenguer, J. 2004a. Tráfico de caravanas, interacción interregional y cambio cultural en la Prehistoria Tardía del Desierto de Atacama. Ediciones Sirawi, Santiago de Chile.

Berenguer, J. y Pimentel, G. 2017. Introducción al estudio de los espacios internodales y su aporte a la historia, naturaleza y dinámica de las ocupaciones Humanas en zonas áridas. Nº 56, pp. 3-11. *Estudios Atacameños Arqueología y Antropología Surandina*.

Berenguer, J. y G. Pimentel. 2010. Presentación de simposio "Arqueología de los Espacios Vacíos: una aproximación internodal a las relaciones societales". En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo 2, pp. 1305-1308. Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Berenguer, J. y G. Pimentel. 2017. Estudios de espacios internodales y su aporte a la historia, naturaleza y dinámica de las ocupaciones humanas en zonas áridas. *Estudios Atacameños*. *Estudios Atacameños (En línea)*, (56), 3-11.

Bourdieu, P. [1997] 2012. Parte II. Los usos sociales de la ciencia. En *Los usos sociales de la ciencia*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, pp 59-140.

Browman, D. L. 1980. Tiwanaku expansion and Altiplano economic patterns. *Estudios Arqueológicos* 5:107-120.

Browman, D.L. 1984. Tiwanaku: development of interzonal trade and economic expansion in the altiplano. *Social and economic organization in the prehispanic Andes*, Ed. D. Browman, R.L. Burger and M. Rivera, Pp. 143-160. BAR International Series 194, Oxford.

Carrasco, Cristina (2003) ¿Conciliación? No, gracias. Hacia una nueva organización social". en María Inés Amoroso Miranda, Anna Bosch Pareras, Cristina Carrasco Bengoa, Hortensia Fernández Medrano y Neus Moreno Saenz, *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Barcelona, Icaria, pp. 27–51.

Comas d'Argemir, Dolors. "La crisis de los cuidados como crisis de reproducción social. Las políticas públicas y más allá". Actas del XIII Congreso de Antropología de la FAAEE realizado en Tarragona del 2 al 5 de septiembre de 2014.

Costin, C. 1996. "Exploring the Relationship Between Gender and Craft in Complex Societies: Methodological and Theoretical Issues of Gender Attribution", en Wright, Rita P. (ed.), *Gender and Archaeology*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, pp. 111-140.

Costin, C. 2001. "Craft Production Systems", en Feinman, G., T. D. Price (eds.), *Archaeology at the Millennium: A Sourcebook*, Nueva York, Kluwe, Academic/Plenum, pp. 273-325.

Conkey, Margaret W. y Janet D. Spector, "Archaeology and the Study of Gender", en *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 7, 1984.

Conkey M. W. et Gero J., 1997. *Programme to practice. Gender and feminism in archaeology*, *Annual Review of Anthropology* 26, p. 411–438.

Conkey M. W. et Spector J. D., 1984. *Archaeology and the Study of Gender*, en M. Schiffer (dir.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, t. 7, p. 1-38

Conkey 2003. Has Feminism Changed Archaeology? In *Signs* Vol. 28 No. 3

Conkey 2005. Dwelling at the margins, action at the intersection? Feminist and indigenous archaeologies. *Archaeologies* Vol. 1 No. 1

Cruz Berrocal, M. (2009): "Feminismo, teoría y práctica de una arqueología científica", en *Trabajos de prehistoria*, Vol. 66, Nº 2, pp. 25- 43.

De Beauvoir, Simone (1990). *El segundo sexo*. Tomo I "Introducción", "cap.I, II y III; del Tomo II "cap.III". Ed.Sudamericana, Buenos Aires

Díaz Andreu, M. (1994): "Mujer y género. Nuevas tendencias dentro de la arqueología", *Arqcritica*, 8, pp. 17-19.

Díaz Andreu, M. 1998: "Spanish women in a changing world. Strategies in the search for self-fulfilment through antiquities". En M. Díaz-Andreu y M. Sørensen (coord.): *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*. Routledge. Londres: 125-145.

Díaz Andreu, M. 2005: "Género y arqueología: una nueva síntesis". En M. Sánchez Romero (eds.): *Arqueología y Género*. Universidad de Granada. Granada: 13-51

Dommasnes L. H., 1982. *Late Iron Age in western Norway : female roles and ranks as deduced from an analysis of burial customs* , Norwegian Archaeological Review 15 1-2, p. 70-84.

Dommasnes L. H., 1990. *Feminist archaeology. Critique of theory building ?*, en B. Fredrick et T. Julian (eds), *Writing the Past in the Present*, p. 24–31.

Engels, F (1884). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Edición digital archivo Marx-Engels de la Sección en Español del Marxists Internet Archive (www.marxists.org), 2017.

Engelstad, E. 2007: "Much more than gender". *Journal of Archaeological Method and Theory* 14: 217-234.

Estioko-Griffin, Agnes, and P. Bion Griffin 1981. *Woman the Hunter: The Agta*. En *Woman the Gatherer*. Frances Dahlberg, eds. Pp. 121-151.

Falcó Martí, Ruth, 2003. *La arqueología del género: Espacios de mujeres, mujeres con espacio* Cuadernos de trabajos de investigación, 6. Universidad de Alicante.

Franulic, A. 2011. El análisis de la palabra hombre en el discurso oficial de la Arqueología: una perspectiva feminista radical. *RAMPAS*. Vol.13, pp. 9-15.

Fraser, Nancy (1997). *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, "II Esferas públicas, genealogías y órdenes simbólicos", en *Siglo del Hombres* editores, Universidad de los Andes.

Freud, S (2015). *Totem y Tabú*. Madrid, España: Alianza Editorial, S.A.

Geller 2009. *Identity and Difference: Complicating Gender in Archaeology*. In *Annual Review of Archaeology* Vol. 38.

Geller, P.L. 2017. *The Bioarchaeology of Socio-Sexual Lives*. Springer International Publishing, pp. 125-163.

Gero, Joan M. 1985. "*Sociopolitics and the Woman at Home Ideology*". *American Antiquity*. Cambridge University Press. 50 (2): 342–350.

Gero, Joan M. y Conkey, Margaret W. 1991. "Genderlithics: Women's Roles in Stone Tool Production" from Gero, Joan M. y Conkey, Margaret W. 1991. *Engendering Archaeology: Women and Prehistory. Conference entitled.* pp. 163-193. Oxford: Blackwell Publishing.

González M. P. (2006): Mujeres y prehistoria: vivir el presente, pensar el pasado, en Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 15-26.

González M. P. (2000): "Mujeres, espacio y arqueología: una primera aproximación desde la investigación española". *Arqueología Espacial*, 22, pp. 11-21.

González, M. 2015. "Las sesgadas teorías del hombre cazador y la mujer recolectora". *Ciencia para llevar*. Canal [TEDxMadrid](https://www.ted.com/talks/maria-gonzalez-the-gendered-theories-of-the-hunter-and-the-gatherer) (19 de septiembre de 2014) Charla titulada: 'Crear es ver: ciencia, mujeres y primates' [Archivo de video]. Visitar en la web: <https://blogs.20minutos.es/ciencia-para-llevar-csic/tag/adrienne-zihlman/>.

Haraway, D.J. 1991. Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En *Ciencia, Cyborgs y mujeres*. Cátedra, Madrid, pp: 313-346.

Harding, S. 1996. Del problema de la mujer en la ciencia al problema de la ciencia en el feminismo. En *Ciencia y feminismo*, pp: 15-27. Ediciones Morata, Madrid.

Harding, S. y Merrill H. eds. (1983). *Discovering Reality: Feminist perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science*. Dordrecht: Reidel.

Hendon, J. (1996). Archaeological Approaches to the Organization of Labor: Household Practice and Domestic Relations", en *Annual Review of Archaeology*, núm. 25, pp. 45-61.

Hodder, I. (1988): *Interpretación en Arqueología*. Crítica, Barcelona.

Irigaray, Luce (1994), "El amor entre nosotros", en *Amo a ti*, Buenos Aires, Ediciones de la flor.

J. T. Watson, R. Haas, Dental evidence for wild tuber processing among Titicaca Basin foragers 7000 ybp. *Am. J. Phys. Anthropol.* 164, 117–130 (2017).

Keller, Fox Evelyn. 1985. *Reflexions on Gender and Science*. Yale University Press.

Kuhn, S. and M. Stiner (2006). What's a mother to do? A hypothesis about the division of labor and modern human origins. *Current Anthropology* 47, no. 6.

Lamas, Marta (1992). "El feminismo mexicano y la lucha por legalizar el aborto". En *Política y cultura*, núm. 1, pp. 9-22. Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Lamas, Marta (2011). "Feminismo y americanización: la hegemonía académica de Gender", en *La americanización de la modernidad*, Biblioteca Era, México.

Lévi-Strauss, C (1981). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, España: Paidós.

M. Gurven, K. Hill, (2009). Why do men hunt? *Curr. Anthropol.* 50, 51–74.

Masvidal, C. (1997): *Arqueologia de les pràctiques quotidianes: Can Roqueta*. Trabajo de Investigación de 3er Ciclo. Universitat Autònoma de Barcelona, Inédita.

Masvidal, C.; Picazo, M. y Curia, E. (2000): "Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en la Iberia septentrional". *Arqueología Espacial*, 22, pp. 107-122.

Masvidal, C. (2007) "Bases para una nueva interpretación sobre las mujeres en la Prehistoria", en *Complutum*, N° 18, pp. 209-216

Martínez Pulido, Carolina, 2012. *La senda mutilada: la evolución humana en femenino*. Biblioteca Nueva. Madrid

Millman, Marcial. y Rosabeth Moss Kanter, eds. (1975). *Another Voice: Feminist Perspectives on Social life and Social Science*. Nueva York: Anchor Books.

Murra, J. V. 1972. El "control vertical" de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. *Visita de la Provincia de León de Huanuco en 1562. Iñigo Ortiz de Zúñiga, Visitador*, Ed. J.V. Murra, Vol. 2: 429-476. Universidad Hermilio Valdizan, Huánuco.

Sacks, K. (1979/1975): Engels revisitado: las mujeres, la organización de la producción y la propiedad privada. En O. Harris & K. Young (eds.): *Antropología y Feminismo*. Barcelona, Anagrama, pp 247-266.

Sánchez Liranzo, O. (2001): La arqueología del género en la prehistoria: algunas cuestiones para reflexionar y debatir, *Revista atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4, 321-343.

Sanahuja, M. E. (2002). *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Cátedra. Madrid.

Slocum L.S. 1975. "La mujer recolectora: el sesgo masculino de la Antropología" publicado por la antropóloga feminista.

Spector, D. J. (1999): ¿Qué significa este punzón?: Hacia una arqueología feminista, en L. Colomer, P. Gonzalez Marcén, S. Montón, y M. Picazo (Eds.): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*, Icaria, 1999, Barcelona, pp. 233-256.

Sterling K. 2014. Man the Hunter, Woman the Gatherer? The Impact of Gender Studies on Hunter-Gatherer Research (A Retrospective). *The Oxford Handbook of the Archaeology and Anthropology of Hunter-Gatherers*. Edited by Vicki Cummings, Peter Jordan, and Marek Zvelebi

Rubin, Gayle. 1975. "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' on Sex". En *Toward an Anthropology of Women*, Rayna RAPE REITER, ed. Nueva York: Monthly Review Press.

Pallarés, M. (2000): "Género y espacio social en arqueología". *Arqueología Espacial*, 22, pp. 61-92.

Pateman, Carol (1996). "Críticas feministas a la dicotomía público-privado" en *Perspectivas feministas en teoría política*, Paidós, pp. 2-23.

Pessolano, D (2016) Economías de la vida. Aportes de estudios feministas y de género. *Polis*, 45:191-209.

Picazo, M. (1997): "Hearth and home: the timing of maintenance activities". En Moore, J. y Scott, E. (Eds.): *Invisible people and processes. Writing gender and childhood into European Archaeology*. Leicester University Press, Londres, pp. 59-67.

Pimentel, G., C. Rees, P. de Souza y L. Arancibia. 2011. Viajeros costeros y caravaneros. Dos estrategias de movilidad en el Período Formativo del Desierto de Atacama, Chile. En L. Núñez y A. Nielsen (eds.) *En Ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del Tráfico Sur Andino*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor, 43-81.

Pimentel, G. 2012. *Redes Viales Prehispánicas en el Desierto de Atacama. Viajeros, Movilidad e Intercambio*. Tesis para optar al grado de Doctor en Antropología. Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá.

Pimentel, G. 2009. Las Huacas del Tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del Desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14(2): 9-38.

Pimentel G., M. Ugarte, J. Blanco, C. Torres-Rouff y W.J. Pestle. 2017. Calate. De lugar desnudo a laboratorio arqueológico de la movilidad y el tráfico multicultural prehispánico en el desierto de Atacama (ca. 7000 AP-550 AP). *Estudios Atacameños*. Estudios Atacameños (En línea), (56), 21-56.

Pimentel G., M. Ugarte, F. Gallardo, J. Blanco y C. Montero. 2017. Chug- Chug en el contexto de la Movilidad Internodal Prehispánica en el desierto de Atacama, Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*.

Rabotnikof, Nora "Público-privado". En: Debate Feminista, año 9, Vol. 18, 1998. Pp. 3-1.

R. Haas, I.C. Stefanescu, A. Garcia-Putnam, M. S. Aldenderfer, M. T. Clementz, M. S. Murphy, C. V. Llave, J. T. Watson, Humans permanently occupied the Andean highlands by at least 7 ka. *R. Soc. Open Sci.* 4, 170331 (2017).

R. Haas, Viviano Llave, Hunter-gatherers on the eve of agriculture: investigations at Soro Mik'aya Patjxa, Lake Titicaca Basin, Peru, 8000–6700 BP. *Antiquity* 89, 1297–1312 (2015).

Rostworowski. 1977a. Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. *Etnia y Sociedad: costa peruana prehispánica*. Ed. M. Rostworowski. Pp. 97-140. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Rostworowski. 1977b. Pescadores, artesanos y mercaderes costeros en el Perú prehispánico. *Etnia y Sociedad: costa peruana prehispánica*. Ed. M. Rostworowski. Pp. 211-271. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Sánchez Romero, Margarita (2005) (ed.): *Arqueología y género*. Monografías de Arte y Arqueología nº 64, Universidad de Granada, Granada.

Torres-Rouff, C., G. Pimentel y M. Ugarte. 2012. ¿Quiénes viajaban? Investigando la muerte de viajeros post arcaicos en el desierto de Atacama (ca. 800 AC-1536 DC). *Estudios Atacameños* 43: 167-186.

Watanabe. H. 1968. Subsistence and Ecology of Northern Food Gatherers with Special Reference to the Ainu. En la web: <https://www.semanticscholar.org/paper/Subsistence-and-Ecology-of-Northern-Food-Gatherers-Watanabe/2a9ad49780e0ddd5b0b1ca330336aebcbcb289e7>

Weedman Arthur K. 2010. Feminine Knowledge and Skill Reconsidered: Women and Flaked Stone Tools. American Anthropological Association. Volumen 112. pp 228-243, ISSN 0002-7294 online ISSN 1548-1433.

Wiesheu, Walburga (2003a). Perspectivas de la investigación urbana en arqueología. La economía política de las ciudades arcaicas”, en Memoria Electrónica del III Coloquio de la Maestría en Arqueología, México, enah.

Wiesheu, Walburga (2006). Arqueología de género y patrones de especialización artesanal. Cuicuilco, 13(36),139-149. [fecha de Consulta 13 de Junio de 2021]. ISSN: 1405-7778. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35103606>

Wylie, Anderson, “Feminist critiques and archaeological challenges”, en Walde y Willows (Eds.), *The Archaeology of gender*, 1991.

Whitehouse, R. (2007). “Gender Archaeology in Europe”, en MILLEDGE (ed.), *Worlds of gender: the archaeology of women’s lives around the globe*, pp. 139-189.

Zúñiga, Yanira (2013). Una propuesta de análisis y regulación del aborto en Chile desde el pensamiento feminista. En revista Praxis, año 19, n°1, pp.255-300. ISSN 0717-2877. Universidad de Talca- Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Zihlman Adrienne L. 1981. Women as shapers of the human adaptation. En *Woman the Gatherer*. Frances Dahlberg, eds. pp. 75-120.